

Mapuches en Santiago de Chile

FÜTAKECHE de El Bosque

*Historias de Vida de Personas Mayores de
Pueblos originarios*



Unión Comunal del Adulto Mayor

Centro Gerontológico

Programa Pueblos Originarios

Ilustre Municipalidad de El Bosque



GOBIERNO DE SANTIAGO

Justicia, respeto, equidad



Mapuches en Santiago de Chile

FÚTAKECHE de El Bosque

Historias de vida de Personas Mayores de Pueblos Originarios

Proyecto financiado por el Gobierno Regional Metropolitano de Santiago
y ejecutado por:

UNIÓN COMUNAL DEL ADULTO MAYOR DE EL BOSQUE
PROGRAMA DE PUEBLOS ORIGINARIOS
CENTRO GERONTOLÓGICO
ILUSTRE MUNICIPALIDAD DE EL BOSQUE

ENTREVISTAS, RELATOS Y TEXTOS

Miguel Barrientos Álvarez

Manuel Díaz Calfiú

Marcos Huaiquilaf Gómez

GESTIÓN Y APOYO EN ADMINISTRACIÓN

Mariela Moyano Cumian

COORDINACIÓN DE PROYECTO

Rodrigo Fuentes Needham



EQUIPO DE TRABAJO PROYECTO “MEMORIA E IDENTIDAD DE LAS PERSONAS MAYORES DE PUEBLOS ORIGINARIOS”:

Encargado de Proyecto y edición general: Rodrigo Fuentes Needham

Gestión y apoyo en administración : Mariela Moyano Cumian

Entrevistas, redacción y edición de textos: Marcos Huaiquilaf Gómez
Manuel Díaz Calfú
Miguel Barrientos Álvarez

Diseño de cubierta y fotografía: Manuel Díaz Calfú

Diagramación: Libros La Calabaza del Diablo

Agradecimientos:

Claudio Orrego Larraín, Gobernador de Santiago. Carolina Oteiza Fuenzalida, Consejera regional. Manuel Zúñiga Aguilar, Alcalde de El Bosque. Paola Cisternas Lagomarsino, Administradora Municipal de El Bosque, Rodrigo Quiroz Martínez, Director de Desarrollo Comunitario Municipalidad de El Bosque. María Paulina Gutiérrez Campos, Jefa Departamento de Promoción y Participación de las Personas Mayores y Rodrigo Vásquez Bueno, Jefe Departamento de Cultura, Ilustre Municipalidad de El Bosque.

A los equipos de trabajo del programa de Pueblos Originarios y del Centro Gerontológico de la Municipalidad de El Bosque.

A las organizaciones de personas mayores que integran la Unión Comunal del Adulto Mayor

Y a todas las personas mayores de pueblos originarios que habitan en nuestro territorio, dignificando la cultura y la memoria del pueblo mapuche. Chaltumay.

Impresión

Libros La Calabaza del Diablo

Diciembre de 2024

Santiago - Chile

Contenido

Presentación Alcalde de la Ilustre Municipalidad de El Bosque	7
Presentación Unión Comunal del Adulto Mayor de El Bosque	8
Presentación Centro Gerotológico de El Bosque	10
Presentación Programa de Pueblos Originarios de El Bosque	11
Presentación Encargado de Proyecto	13
Capítulo 1: La historia de Juan Rivas Millaleo	15
Capítulo 2: La historia de Carlos Pichiconá Quintulén	33
Capítulo 3: La historia de Luciano Painehual Queupumil	43
Capítulo 4: La Historia de Elsa Bodaleo Millape	51
Capítulo 5: La historia de Sibelina Manqueo Mariqueo	59
Capítulo 6: La historia de Juan Mellico Coña	67
Capítulo 7: La historia de Erna Carilao Quiñimil	77
Capítulo 8: La historia de Elsa Quinchaleo Avendaño	83
Epílogo	101
Glosario	111

Presentación Alcalde de la Ilustre Municipalidad de El Bosque

Estimados y estimadas lectoras, a través de estas líneas tengo el agrado y la emoción de presentar a ustedes el libro: “Memoria e identidad de las personas mayores de pueblos originarios de El Bosque”, el que se centra en las historias de vidas de personas de mayor edad pertenecientes al pueblo mapuche de la comuna.

Cada relato que encontramos en este libro, nos traslada al sur, a sus tierras de origen, al sonido del río y del viento, al frío de la montaña y al trinar de pájaros, cantando en mapuzugun las historias de la gente antigua de nuestros pueblos originarios.

Aquí sabremos de vivencias difíciles e injustas, en algunos casos, y de personas que muchas veces, con escasos recursos y oportunidades, lograron sobrepasar la adversidad de tiempos difíciles. También aquí encontraremos historias de amor y de esperanza, pero sobre todo; de mucho orgullo por lo vivido y por lo logrado.

Sin duda que este libro es un aporte a la memoria, a la preservación de nuestro patrimonio cultural y sobre todo, a la identidad de El Bosque. Un Bosque intercultural y diverso, que respeta sus orígenes, a su gente mayor y en especial al pueblo mapuche.

Las personas mayores que aquí relatan sus historias, nos enseñan grandes lecciones; Trabajo, esfuerzo, esperanza, y sobre todo, dignidad; es lo que encontraremos en estas páginas.

Como alcalde de El Bosque, no puedo dejar de sentirme orgulloso de nuestras personas mayores y de nuestros pueblos originarios, los que representan un porcentaje importante de nuestra población comunal.

Un reconocimiento especial a la Unión Comunal del Adulto Mayor, por impulsar este proyecto. Mis felicitaciones al esfuerzo realizado por los funcionarios y funcionarias del Programa de Pueblos Originarios y del Centro Gerontológico, por su capacidad de coordinar acciones conjuntas para dar origen a este hermoso libro. Asimismo, nuestro agradecimiento al Gobierno Regional Metropolitano de Santiago y su gobernador, Claudio Orrego, por favorecer esta iniciativa.

Finalmente, mi gratitud a todos y todas quienes participaron de este hermoso trabajo, el que me hace sentir cada día más orgulloso de ser Bosquino.

Manuel Zúñiga Aguilar
Alcalde de la Ilustre Municipalidad de El Bosque

Presentación Unión Comunal del Adulto Mayor de El Bosque

Mi nombre es María Verónica Castillo Novoa, y desde el año 1985 he estado ligada a trabajar en mi comuna como delegada de manzana, en el barrio en el que vivo, y además como presidenta del Club de Adulto Mayor “Recuerdos del ayer”, al cual me integré en el año 1993, completando a la fecha tres períodos en el cargo. En la actualidad soy la presidenta de la Unión Comunal del Adulto Mayor, en la cual me acompañan en la directiva las señoras Lidia Guzmán, como secretaria, Ana Villegas, como Tesorera, Clara Faúndez como delegada, y Rosa Rojas, como segunda delegada.

Durante el año 2024 postulamos un proyecto al FNDR, 8% de Cultura, en conjunto con el Programa Pueblos Originarios y el Centro Gerontológico, de la Municipalidad. Este proyecto fue financiado por el Gobierno Regional de Santiago y lleva por nombre “Memoria e identidad de las personas mayores de pueblos originarios”. Este proyecto fue gestionado gracias al trabajo del Encargado de Promoción Socio-comunitaria del Centro Gerontológico, Rodrigo Fuentes Needham, quien, además ha sido el encargado de la ejecución del proyecto. Es así como en conjunto con el equipo del Programa Pueblos Originarios, implementaron diferentes actividades para seleccionar a las personas participantes, y poder conocer sus historias de vida que hoy se presentamos en este libro.

Para mí, como presidenta de la Unión Comunal, ha sido una experiencia muy enriquecedora, pues al escuchar cada relato, cada historia y conocer la memoria de los protagonistas de este proyecto, he aprendido a valorar la vida, sin importar las diferencias de religión, raza, idioma o de cultura. Y solo pensar que todos somos seres humanos y de que todos tenemos derecho a ocupar un lugar en este planeta.

Me gusta pensar que los adultos mayores tenemos la posibilidad de entregar a las nuevas generaciones nuestra experiencia, nuestras historias y por sobre todo nuestros valores de humanidad.

La Unión Comunal de Adultos Mayores de la comuna de El Bosque, fue fundada el 3 de agosto de 1993, con la participación de 15 organizaciones de adultos mayores que pertenecían antiguamente a las comunas de San Bernardo y La Cisterna. Las primeras reuniones y actividades se realizaron en dependencias de una casa arrendada por la Municipalidad, ubicada en calle Jorge Luco, posteriormente se instalan en calle Tercera Transversal esquina Lo Espina.

El primer presidente de la Unión Comunal fue don Hernán Pinto Ríos, ejerciendo el cargo entre los años 1993 y 1995. Entre los años 1996 y 1998 el cargo lo ocupó el señor Ismael Cantilao.

En el período 1999-2001, la presidencia la ejerció la señora Angélica Pradenas. Posteriormente la presidencia la ejercieron, entre otras personas, Rubén López, Mario Sierra y Noemí Rodríguez.

Posteriormente la directiva estuvo compuesta hasta el año 2022, por Inés Molina, presidenta, María Verónica Castillo, secretaria, Nelson Obregón, Tesorero, y Nancy Farías, directora

En la actualidad la directiva de la Unión Comunal realiza diversas actividades y proyectos en beneficio de las organizaciones de personas mayores de El Bosque

María Verónica Castillo Novoa
Presidenta Unión Comunal del Adulto Mayor de El Bosque



Presentación Centro Gerontológico de El Bosque

El libro que llega a ustedes es un gran ejemplo del protagonismo de las personas mayores en la historia de la comuna de El Bosque. Da muestra de su actoría social, de su participación y de su valioso aporte a la interculturalidad.

Este libro es una gran iniciativa de la directiva de la Unión Comunal del Adulto Mayor de El Bosque, que ejerce su período durante el año 2024 y que representa el aporte activo y permanente de las personas mayores al desarrollo de la cultura e identidad de la comuna de El Bosque.

Saludamos este hermoso trabajo y agradecemos a todas las personas mayores participantes, quienes generosamente recordaron, buscaron antecedentes y compartieron sus historias de vida, reivindicando su origen y la cultura de las personas mayores de pueblos originarios.

Este proyecto permitió un proceso personal y colectivo, de diálogo franco y respetuoso, acompañado por funcionarios y funcionarias municipales del Programa Pueblos Originarios y del Departamento de Personas Mayores. Sin duda, el desarrollo de esta iniciativa fue un viaje al pasado, donde se compartieron saberes, emociones y un sinnúmero de experiencias valiosísimas, las que a través de este libro se immortalizan.

Agradecemos especialmente a las personas mayores y a la directiva de la Unión Comunal del Adulto Mayor, por confiar sus tesoros más preciados, como es compartir sus historias de vida, que se relatan con vigor, emoción y reconocimiento a sus familias de origen, en lugares añorados y en condiciones a veces muy difíciles, dando muestra de los esfuerzos, sacrificios, sueños y logros personales y familiares. Personas de pueblos originarios que llegaron a nuestra querida comuna a expandir sus experiencias y a volcarla de manera solidaria y fraterna junto a sus vecinos y vecinas.

Gracias a todos y todas ustedes nuestra comuna se desarrolla y fortalece sus vínculos, para no perder lo más lindo que posee, su gente, su identidad cultural, sus barrios y su vida comunitaria.

María Paulina Gutiérrez Campos
Jefa Departamento de Promoción
y Participación de las Personas Mayores
Dirección de Desarrollo Comunitario DIDECO
Ilustre Municipalidad de El Bosque

Presentación Programa de Pueblos Originarios de El Bosque

A partir de la invitación que nos hiciera la Unión Comunal del Adulto Mayor, de la comuna de El Bosque, para formar parte del proyecto: “Memoria e identidad de Personas Mayores de Pueblos Originarios”, constituimos un equipo profesional, que, junto al Centro Gerontológico, asumiera las tareas comprometidas.

En este sentido, lo primero fue identificar a los adultos mayores de pueblos originarios con los que nuestro Programa se relaciona, en las cinco líneas de trabajo que lo componen. En efecto, a través de iniciativas relacionadas con Microeconomía indígena, Promoción y participación social, Educación intercultural, Difusión y promoción de los derechos indígenas, y Difusión y conservación del patrimonio indígena, pudimos identificar a los futakeche (personas mayores) interesados en participar en el proyecto.

En segundo lugar, nos dimos a la tarea de diseñar los talleres de historia y cultura mapuche. Ya en su ejecución —y fue algo que percibimos inmediatamente— los futakeche convocados expresaron su cercanía con el equipo y su disposición a contarnos sus historias. En este aspecto fue importante mantener comunicación permanente de cada una de las actividades que íbamos realizando, e implementar de manera rigurosa los espacios de encuentro (kawin) comprometidos.

Un aspecto significativo que permitió el acercamiento entre el equipo de ejecución y los participantes del proyecto fue la pertenencia a un pueblo común. Esto permitió que las eventuales reticencias iniciales se disiparan al momento de recoger las narraciones. Estando ya en dicha etapa, episodios como las vivencias del campo, las labores propias del mundo rural, el conocimiento del mapuzugun, las referencias permanentes a las tradiciones y costumbres ancestrales, entre otros espacios comunes, nos abrieron las puertas al conocimiento de cada monguen.

No fue fácil acometer la tarea indicada. En más de una ocasión, y con varios de los entrevistados, tuvimos que detenernos y soltar las emociones que en varias oportunidades nos embargaron. La niñez, la relación con los padres, los escenarios de pobreza, las dificultades en la escuela, la migración hacia la urbe, fueron momentos en que nos reconocimos, desapareciendo la línea que separa al entrevistado del entrevistador. Con todo, al final del camino pensamos que los testimo-

nios presentados ayudarán a entender de mejor manera la otra faz de la historia del pueblo mapuche, y cuya construcción está aún pendiente; la de la historia warriache del mundo mapuche.

**Programa Pueblos Originarios
Departamento de Cultura
Dirección de Desarrollo Comunitario DIDECO
Ilustre Municipalidad de El Bosque**

Presentación encargado de Proyecto

Con el corazón contento presentamos a ustedes el libro “Memoria e identidad de las personas mayores de Pueblos originarios de El Bosque” es el fruto de un largo trabajo realizado en conjunto por la Unión Comunal del Adulto Mayor, el Programa Pueblos Originarios y el Centro Gerontológico de la Municipalidad de El Bosque, y es el resultado de un proyecto financiado por el Gobierno Regional de Santiago, a través del Fondo 8% FNDR.

Durante largos meses se trabajó con personas mayores de pueblos originarios, permitiendo activar la memoria y recuperar historias de vidas de personas de origen mapuche de la comuna.

La metodología comprendió tres partes: primero, un taller sobre cultura e historia mapuche, explorando temáticas tan relevantes como el lenguaje, las costumbres, la cosmovisión, los conflictos sociopolíticos y la restitución de derechos de los pueblos originarios. Un segundo taller estuvo orientado al fortalecimiento de las funciones cognitivas y al ejercicio de memoria, mediante técnicas de líneas de tiempo, autobiografía y recuperación de memorias visuales y auditivas. Ambos talleres culminan con un kawin, para celebrar y compartir sabidurías y gastronomía.

Una tercera parte del proyecto, consistió en un proceso largo de entrevistas individuales para complementar la información requerida, y que dieron como resultado los textos que ahora podrán leer y apreciar, así como también el registro audiovisual que complementa este libro, en formato de video.

En cada una de estas historias encontraremos relatos de sacrificio y esfuerzo, de lucha contra la adversidad, contra la discriminación, contra una cultura que margina y excluye, que discrimina y castiga. Sin embargo, pasados los años, y hecha la reflexión de los participantes del proyecto, lo más importante es lo que queda como herencia a futuro.

En primer lugar, el orgullo de ser y sentirse mapuche y parte de la tierra. En segundo lugar, la dignidad, ante todo, y finalmente, la responsabilidad de transmitir a las nuevas generaciones la sabiduría y conocimiento, el “kimun” de las personas mayores.

Esperamos que este libro sea un aporte al patrimonio, a la memoria y a la identidad de nuestras personas mayores de pueblos originarios. Creemos que un futuro mejor es posible; con dignidad, justicia, inclusión, equidad e igualdad de género y con mejores derechos para todos y todas.

Rodrigo Fuentes Needham
Encargado de Proyecto
Departamento de Promoción
y Participación de las Personas Mayores
Dirección de Desarrollo Comunitario DIDECO
Ilustre Municipalidad de El Bosque

Capítulo 1

La historia de Juan Rivas Millaleo

“Entonces, un día nos levantamos todos,
nos pusimos de acuerdo con nuestras mujeres,
nuestros hijos, nosotros mismos...,
y nos fuimos y nos tomamos el espacio”.

La niñez y la adolescencia de un dirigente

Juan Francisco Rivas Millaleo nació el 23 de noviembre de 1957, en la comunidad Juan Necul, del sector Chohuenquepe, comuna de Quepe, en la Región de la Araucanía. A la edad de 4 años emigraría con su padre a Santiago. “Era muy apegado a él”, recuerda Juan. “...Yo creo que por eso me vine con él”.

El fundador y primer presidente de la Asociación Petu Mongueleñ Mahuidache, de la comuna de El Bosque, nos cuenta que viajó solo con su padre y su madre se quedó en el campo. No tiene muy claro por qué ella no los acompañó. Piensa que una de las razones fue porque su madre quiso conservar sus tierras. Su familia –unos años atrás– había sido objeto de robo de parte de sus tierras y ella se quedó para protegerlas. Pero también cree que hubo problemas de relaciones entre sus padres.

Respecto de la primera de las razones, señala: “...a mi mamá una familia le robó dos hectáreas de tierra. Entonces estaba más preocupada de esos menesteres, para que no le quitaran más tierras, no solamente a ella, sino a mi abuelita, a mis tíos que estaban ahí, también a mi abuelo que también estaba allá. Entonces ella se quedó en Quepe, por ese motivo nunca se vino conmigo, además, por supuesto, me imagino que había problemas entre ellos como pareja. Pero yo así decidí venirme con mi papá y me crié con mi abuelita, mi abuelita paterna, a la que llamo mamá”.

El ex dirigente mapuche nuevamente volvería a ver a su madre a la edad de 15 años. “Llegué aquí, a la Población Guatemala de El Bosque. Con mi padre llegamos a vivir el año 1969. Tiempo después, cuando ya tenía quince años, un hermano mío vivía por aquí cerca y tenía un negocio, un almacén, en el que yo le ayudaba”. Luego agrega: “...en una ocasión me encontraba ayudándole a mi cuñada en el negocio y llega una señora a preguntar por mi cuñada. Yo la atendí y le dije que me esperara y fui a buscar a mi cuñada al patio. Mi cuñada se llama Nelly (...) Al regresar con ella al mesón de atención, mi cuñada mira a la señora, me mira a mí y me dice: Pancho –así lo llamaban en la familia–, pero ¿cómo no vas a conocer a tu mamá?”. Luego agrega, con tono reflexivo: “quince años, y yo venía a conocer recién a mi mamá... Ese fue un momento muy impactante para mí”. Juan Rivas Millaleo mira hacia el suelo y respira profundamente... Se ha emocionado y detenemos por unos momentos la entrevista.

Luego retoma su relato: “ese momento no habría sido tan impactante para mí, sino es porque mucho antes, cuando yo estaba en primer año básico, recuerdo que nos hicieron hacer un canastillo, llenarlo de dulces y hacer una tarjeta. Recuerdo que esa tarjeta se la envié a mi madre a

Temuco (...) Al cabo de unos meses la tarjeta me llegó de vuelta (...) Yo pensé que a ella no le había interesado lo que le había enviado. Desde ese momento empecé a decir que mi mamá había muerto”. Tiempo después su padre le llamaría la atención, diciéndole: “no quiero escucharte más decir que tu mamá está muerta”.

Juan Rivas Millaleo reflexiona: “¡imagínense!, a los 15 años conocer a mi madre..., y fue mi cuñada quien me la presentó...”.

Después de unas semanas de haberse reencontrado con su madre, Juan Rivas Millaleo se iría con ella al sur. Estaría cuatro meses con ella en la comunidad de Quepe. Una vez allí se entera de que una prima había desaparecido. Él se preocupa, pero al resto de su familia parece no llamarle la atención. Luego le explicarían que su prima habría sido raptada por un hombre con la intención de hacerla su esposa. Él raptor era un vecino de apellido Huenchunao. “En ese momento”, nos relata Juan Rivas Millaleo, “me doy cuenta que mi mundo era distinto... Ni mejor ni peor, diferente”. Y agrega: “ese fue mi primer contacto con la esencia de la cultura del pueblo mapuche”.

En el día del matrimonio entre la mujer raptada y su captor, Juan Rivas Millaleo viviría los protocolos del “Rapto de la Novia”, una de las tradiciones culturales más antiguas del pueblo mapuche.

Nos cuenta que en la ceremonia a los demás les llamó la atención su presencia, y preguntaban quién era él. Lo aceptarían, “a regañadientes”, dice él, y su madre tuvo mucho que ver en ello. “Quizás les llamó la atención que yo fuese más blanco”, agrega en la entrevista.

Una semana duraría la fiesta de matrimonio. Juan Rivas recuerda que el olor a carne se le había pegado a la nariz.

Tiempo más tarde, estando todavía en la comunidad de su madre, recibiría la noticia de la muerte de una guagua, hijo de un tío de apellido Curileo. Recuerda que asistió con su madre al velorio y le llamó la atención que el cuerpo del niño estuviera sobre una mesa. En sus brazos le habían adosado alas, y parecía un ángel a punto de emprender el vuelo.

Las experiencias vividas durante ese período definieron su condición mapuche. Nos habla del fogón, eternamente encendido, en la casa de un tío a quien todos identificaban como Ñidol Lonko. “Ese fuego nunca lo vi apagado”, dice el exdirigente mapuche de El Bosque. Recuerda también a las autoridades que iban a visitar al tío, y lo protocolares que eran las visitas con él. A su tío lo recuerda como el último de los Ñidol Lonko de su zona.

Pero de todas las cosas vividas en ese viaje de retorno a la casa de su madre, lo que más recuerda es que desde el momento en que salió de Santiago al sur, deseaba, de una manera incontrolable, tomar un vaso de

muday, bebida que ya había conocido cuando niño. Así lo hizo apenas tuvo la oportunidad. Pero no fue un vaso, sino una jarra, la que bebió desesperadamente junto a unos parientes.

Juan Rivas Millaleo en la capital

Cuando a los 4 años se instaló con su padre en la capital, Juan Rivas Millaleo ingresó al Colegio Galvarino, ubicado en el Paradero 22 de Gran Avenida, en la entonces comuna de La Cisterna. Sin embargo, sus estudios de enseñanza media, a los que ingresó posteriormente, se verían interrumpidos por muchos años, hasta que los hubo retomado años después, siendo ya adulto.

De su infancia y particularmente de sus estudios, no tiene muy buenos recuerdos: “fui bastante discriminado, en realidad, por el hecho de ser de origen mapuche”. Luego agrega: “tanto es así que cuando los profesores nos preguntaban el nombre, yo siempre daba mi primer nombre y mi primer apellido. Nunca daba el segundo apellido. Y a instancias de los profesores que me exigían decir a viva voz mi segundo apellido, yo lo hacía en voz baja”. Juan reconoce que dicha situación no le agradaba: “y la verdad que no fue muy grato. Incluso lo viví con mi familia por parte de mi padre (...) Mis primos, como todo niño chico, digamos, sentían gozo a lo mejor de tratarme de indio (...) La verdad que a veces me hicieron llorar por eso”.

El servicio militar

Una etapa importante y que será significativa para la vida futura de Juan Rivas Millaleo, es la época en que tuvo que hacer su servicio militar. Pese a que deseaba hacerlo en el extremo sur del país, fue destinado a la ciudad de Arica, apenas cumplidos los 18 años: “en Arica yo me empiezo a formar como persona y como dirigente”. En efecto, según nos relata, el servicio le ayudaría a reafirmar sus convicciones. “...A esa altura yo ya sabía quién era (...) Tenía claro de dónde venía”. Luego agrega: “... cada vez que me preguntaban por mi nombre, yo lo decía a viva voz. Y yo decía mi nombre es Juan Rivas Millaleo, que significa río de oro, o río dorado, o río que brilla (...) Entonces, yo en el regimiento tenía muy claro, eso fui...”.

Juan Rivas Millaleo nos cuenta que desde niño tuvo condiciones artísticas, sobre todo facilidad para el canto: “pero por el hecho de cantar, a mi como que me sacaron del montón, y tenía ciertos privilegios dentro del regimiento (...) me mandaban a cuantos festivales había (...). De

hecho, gané un festival como autor e intérprete en aquella época, que se llamaba Festival de la Canción Mensaje. Esto fue el año 78, me parece. Por ahí, más o menos”.

Juan Rivas Millaleo reafirmó su identidad étnica y fue valorado como persona en el regimiento. “...Había dos Cabos, dos clases que eran de origen mapuche, que era mi Cabo Huenuñir, y mi Cabo Curinao”. Y más adelante: “...como que tuvieron esa opción de protegerme, entre comillas, del resto”.

Fue en una actividad de formación, al caer la tarde, en que Juan Rivas comenzaría a sobresalir del resto de los conscriptos. Los superiores jerárquicos pidieron que, en la retreta, que es la última formación del día, saliera una persona e hiciera algo destacado: “eran 15 compañías –nos cuenta el exdirigente mapuche–, eran más de 1.500 soldados los que habíamos en ese regimiento de Aconcagua N° 1. Y si alguien no salía de una Compañía, la Compañía completa era castigada toda la noche”. Y continúa: “entonces un compañero por ahí gritó mi nombre. El Rey canta, mi Cabo, dijo. Y me sacaron a cantar. Ahí quedé oficialmente como el artista”.

Durante ese período, Juan Rivas supo ganarse la confianza de sus compañeros. Recuerda que en aquella época su padre le enviaba dos cartones de cigarrillos Hilton, y además dos queques, al mes: “entonces, ¿qué hacía yo? ¿Cuántos cabos son? Son diez, doce. Entonces partía un queque en doce trozos y los repartía (...) Ser indio, pero no huevón”, confiesa entre risas, Juan Rivas Millaleo.

El regreso a Santiago y los primeros pasos como dirigente

Juan Rivas Millaleo conoció a su señora en la ciudad de Arica, luego de terminado su servicio militar. Ella pudo desenvolverse como técnico, y él conseguiría un empleo en la Municipalidad de Arica, en los planes de emergencia de la época: Programa de Jefes de Hogar (POJH) y de Empleo Mínimo (PEM), implementados por la Dictadura militar. Como eran actividades de corta duración, en un contexto de crisis económica del país, muy luego quedaría sin trabajo. Ahí tomó la decisión de regresar a Santiago. Pensó que en la capital tendría mayores posibilidades de encontrar trabajo. Aquí estaba su padre, y regresó con su mujer y sus dos hijos.

Su regreso a Santiago no fue fácil. No contaban con los recursos necesarios en la recién formada familia. En ese momento recibiría la ayuda de una persona, con quien se relacionaba por su empleo, y a quien recuerda con nostalgia. “Era una Asistente Social de la Municipalidad de

Arica. Ella me regaló dos pasajes para Santiago...”. Nuestro entrevistado se emociona.

En la capital se instala con su mujer y sus dos hijos en la casa de su padre, en la entonces comuna de La Cisterna. Es la misma casa donde realizamos la entrevista. En Santiago ingresaría al mismo programa de empleo en el que se había desempeñado en Arica. Junto con ello, adquiriría una máquina de coser, actividad que había aprendido en el norte y que lo acompañaría durante toda su vida.

La vida de dirigente de Juan Rivas Millaleo comenzó en la ciudad de Arica. Siendo muy cercano a la Iglesia Católica desde niño, por influencia de su abuela, quien lo crió y a quien llamaba mamá. “Ella siempre quiso incorporarme al mundo católico. Ella era muy devota. Trabajaba en el Hospital San José, y yo comencé a asistir a un Oratorio en el mismo hospital. Después me convertí en cursillista, al lado de mi abuela, antes de irme a Arica, al servicio militar”.

En Arica seguiría asistiendo a la Iglesia, incorporándose al grupo juvenil de la Parroquia San José Obrero, llegando a ser presidente de dicho grupo. “Yo creo que ahí comenzó mi vida dirigencial”, nos indica con convicción.

Después de esa primera experiencia como líder, Juan Rivas se involucraría en el fútbol. Confiesa que nunca jugó fútbol, pero su labor de dirigente deportivo de la comuna de El Bosque se iniciaría de manera fortuita. Él acompañaba a sus dos hijos, varones, a jugar fútbol en las canchas del barrio, con la única intención de cuidarlos, de que nada les pasara. Así comenzó a involucrarse en este deporte, primero como delegado del equipo donde participaban sus hijos ante la liga barrial, y luego en la Liga comunal como dirigente, llegando a ser presidente de la Asociación de Futbolito de la comuna. Y nos cuenta una anécdota.

Siendo presidente de la asociación, en una oportunidad recibe en su casa al resto de la directiva con la que compartía responsabilidades. “¿Qué problemas me traen ahora?”, les pregunta. Entre los recién llegados estaba Roberto Melipil (QEPD), quien conocía a su padre antes que él naciera, y que años antes había conocido a su madre. Don Roberto trataba a Juan Rivas como hijo, porque en una ocasión le confesó que él también había pretendido a su madre, pero ella había optado por su progenitor. “Y pensar –le decía– que tú podrías haber sido mi hijo..., pero se metió este winka de mierda...”, refiriéndose así y en broma a su padre.

Don Roberto le diría a Juan Rivas: “lo que pasa es que en la Liga andan diciendo que los indios se hicieron cargo de la Liga”. Juan Rivas pregunta: “¿y cuál es el problema?” Don Roberto le respondió que se sentía mal de que lo trataran así.

Juan Rivas Millaleo nos cuenta que a propósito de lo ocurrido se le vino una idea a la cabeza: ese fin de año harían una fiesta de cierre de las actividades de la Liga, con todos los dirigentes y sus parejas. Esto jamás se había hecho. “Y así lo hicimos”, nos cuenta el exdirigente mapuche. “Así pudimos demostrarles”, agrega Juan Rivas, “que los mapuches éramos mejores que los winkas”.

La primera organización mapuche de El Bosque

Juan Rivas Millaleo nos cuenta que las primeras reuniones para constituir la primera organización mapuche de El Bosque, las hacían en la plaza que da al frontis de la Escuela Ciudad de Lyon, entre 1995 y 1996. Allí se reunían regularmente, hablaban de la necesidad de obtener personalidad jurídica, de conocer más de la cultura del pueblo del que se sentían parte, y al cierre de la jornada elaboraban, entre todos, una nómina con amigos y parientes a los que se comprometían a invitar para la próxima reunión. De a poco fueron convocando personas a las reuniones. Pasaron alrededor de dos años. “En la organización Meli Wixan Mapu nos ayudaron a encontrar un nombre”, señala Juan Rivas Millaleo. “Fue Cachaña quien nos dijo que “se puede llamar la gente del bosque, mahuidache...pero ya existía una organización que se llamaba Mahuidache, creo que en Santiago (...) y le pusimos Petu Moguelein Mahuidache, “aún estamos vivos la gente del bosque””.

El año 1998 se constituirían legalmente. Sobre los primeros integrantes de la agrupación, Juan Rivas Millaleo recuerda: “estaban ahí Romualdo Ñanco, Juan Lepin, Eduardo Quinchahuala, Sebastián Colihuinca, Victor Paillaqueo y Juan Paillaqueo”. A este último, tiempo después, lo designarían lonko de la agrupación, emulando la estructura de las comunidades mapuches rurales.

A partir de ese momento comenzarían a realizar trabajos al interior de la agrupación, a formar a su gente, “porque muchos se avergonzaban de ser mapuches y no todos se reconocían como tales”, agrega Juan Rivas Millaleo. También iniciarían un trabajo con escuelas, llevando la cultura mapuche a los establecimientos educacionales.

El Parque de Pueblos Originarios Mahuidache

Tiempo más tarde Juan Rivas Millaleo conocería a dirigentes mapuches de otras comunas de Santiago. Recuerda que en una ocasión uno de los socios de su agrupación le cuenta que en un programa de radio Yungay –Wixage Anay se llamaba el programa, conducido por Elías Paillal– es-

taban promoviendo un curso para microempresarios mapuches, organizado por la agrupación Meli Wixan Mapu.

Juan Rivas Millaleo comenzaría a asistir a dicho curso, junto con sentir la necesidad de dejar definitivamente la dirigencia en el fútbol. Así se lo comunicará a sus cercanos en la Liga.

En aquella época conoció a Aliwen Antileo y a quien reconoce como su mentor: Dagoberto Cachaña Quirilao. Recuerda que este último tenía un sueño: construir en Santiago un Parque mapuche. Juan Rivas le cuenta que en la comuna de El Bosque existía un espacio donde se tiraban animales muertos, basura, y que podía ser un buen espacio para la idea de Parque.

Juan Rivas reconoce que la organización Meli Wixan Mapu fue como la madre de la Asociación Petu Mogueleñ Mahuidache, porque ellos apoyaron la formación de la primera agrupación mapuche de la comuna de El Bosque. “Ellos nos ayudaron a formarla”, reafirma. “La constituimos en la población Frei”, agrega. En esa oportunidad estarían los dirigentes de la agrupación Meli Wixan Mapu apoyando su constitución.

Juan Rivas Millaleo recuerda que en el mismo período en que se constituye la agrupación, se produjo el conflicto en el Alto Biobío, a raíz de la construcción de la represa Ralco. Recuerda haber participado en una huelga de hambre organizada por la agrupación Meli Wixan Mapu, en apoyo de los pehuenches y contra Endesa, empresa empeñada en la construcción de la represa. Aquel conflicto tuvo gran repercusión a nivel nacional.

“En esa oportunidad me ocurrió una anécdota”, nos cuenta Juan Rivas Millaleo. “Estando en la huelga se me acercó un periodista con la intención de obtener alguna declaración de los que estábamos en el movimiento”. Juan Rivas le cuenta que el movimiento ha estado recibiendo un gran respaldo de organismos extranjeros que quieren apoyar la causa mapuche. Agregaría, de manera irónica, que tenían la idea de construir dos grandes malls en Santiago. La respuesta llamó la atención del periodista y le preguntó en qué lugar pensaban construir esas instalaciones. “Mire”, respondió Juan Rivas Millaleo, “uno lo haríamos en el Cementerio Metropolitano y el otro en el Cementerio General”. Su interlocutor, perplejo, le respondió que eso no podía hacerse porque dichos lugares eran sagrados, y estaban los restos de muchos familiares. Juan Rivas Millaleo le respondió: “¿y en la zona de Ralco no están haciendo lo mismo?”

Juan Rivas se refería a la construcción de la represa Ralco, que inundaría cementerios indígenas del pueblo mapuche-pehuenche, en la zona del Alto Biobío, en la región del mismo nombre. Dicho proceso pondría en tensión la relación del estado chileno con las organizaciones mapuches en territorio nacional, producto de lo cual se le pediría la renuncia

al director de la Corporación Nacional de Desarrollo Indígena (CONADI), Domingo Namuncura Serrano. Dicho organismo había evacuado un informe en contra de la mega construcción, argumentando los perjuicios que ello produciría a los habitantes mapuche-pehuenches de la zona, afectando sus cementerios y la cultura local. “El tipo se quedó callado”, nos cuenta Juan Rivas Millaleo. “Y luego se marchó”, agrega.

Finalmente se construiría la represa Ralco por parte de Endesa, con el apoyo irrestricto de los gobiernos de Frei Ruiz Tagle y Lagos Escobar, terminando así con la relación de diálogo que hasta ese momento se había construido entre el estado chileno y el pueblo mapuche, alcanzado tras el gran paso que significó la aprobación de la Ley N° 19.253, del año 1993, de protección de las tierras y desarrollo de los indígenas de Chile.

Desesperanzado por el resultado de los acontecimientos, Juan Rivas Millaleo nos relata: “y luego, al final de cuentas, se construyó Ralco, igual. Las hermanas Quintreman dieron dura lucha (...) pero no se pudo contra el estado”.

Luego de este episodio, Juan Rivas Millaleo volvería a la comuna de El Bosque, promoviendo actividades de formación para los socios de la agrupación mapuche local.

¿Por qué era importante para este dirigente constituir una agrupación mapuche en la comuna de El Bosque? El mismo responde: “primero, porque no existía el tema indígena aquí en la comuna. Segundo, porque yo había asistido en muchas ocasiones a reuniones y actividades en la Meli Wixan Mapu (...) y en una ocasión asistí a la comunidad Lelfunche, de la Florida. Y me llamó mucho la atención porque era un espacio bastante grande. Yo pensé que era de ellos. En realidad, era de la Iglesia Católica ese espacio. Después se lo quitaron, porque construyeron departamentos ahí, y les quedó un mínimo espacio”. Luego continúa: “entonces, me llamó la atención. ¿Por qué? Porque al no ser un espacio propio del Lelfunche, como organización mapuche, ellos tenían que pedir la autorización de la Iglesia Católica para hacer la ceremonia, Nguillatún, ese tipo de cosas...el fuerte entonces de Mahuidache, en ese minuto, fue lograr conseguir la instalación de un espacio ceremonial propio”.

Juan Rivas Millaleo nos habla de las condiciones en que se encontraba el espacio que después albergaría al Parque Ceremonial de los Pueblos Originarios Mahuidache: “en ese entonces era una, ósea, antiguamente, cuando digo antiguamente estoy hablando del año 76, era una cancha de fútbol, como muchas que había en el sector. Pero cuando yo regreso, ese espacio se había convertido en un basural. Ahí se tiraban los animales muertos, incluso hubieron asesinatos, asaltos ahí. Y la gente del sector estaba bastante molesta porque la plusvalía de las casas

era muy menor, debido a este foco, porque era un foco de infección, además de que al lado de eso había un jardín infantil...”. Más adelante agrega: “entonces un día nos levantamos todos, nos pusimos de acuerdo con nuestras mujeres, nuestros hijos, nosotros mismos..., y nos fuimos y nos tomamos el espacio... Aparecen los vecinos del sector, aparece Carabineros..., porque ese espacio la gente lo tenía, tenía varios proyectos o ideas de proyecto”.

Uno de los proyectos era instalar, de parte de la Municipalidad, el corral municipal. Rondaba la idea, también, de construir un edificio de departamentos para los funcionarios de la Municipalidad. “...Y el último era realizar ahí espacios para que se instalara la Feria Libre, que actualmente se instala en Avenida Covarrubias, o el persa, el de Los Morros”. Juan Rivas Millaleo continúa: “cuando se produce la toma y llega carabineros, qué sé yo, nos llaman al municipio y nos preguntan cuál era nuestra intención. Y yo les digo, la intención nuestra es que ese espacio sea considerado un espacio para el mundo mapuche”.

La Municipalidad de El Bosque, a través del alcalde de la época, Sadi Melo Moya, aceptaría la idea de parque mapuche, y se pondrían a trabajar en ello. Mientras tanto, con recursos de la misma Municipalidad, la agrupación Petu Mogueleñ Mahuidache arrendaría una casa como sede, en la calle Tercera Transversal, muy cerca de donde se alzaría el parque. Por otra parte, la agrupación, a través de su presidente, solicitaron hacerse cargo de la construcción del Parque, preocupados de que su diseño se adecuara a las tradiciones culturales. Como no tenían un especialista en la construcción de rukas, tomarían contacto con Juan Lemunir Huinca, Rukafe de Santiago, además de presidente de una agrupación mapuche de la comuna de Pedro Aguirre Cerda.

Mientras Juan Rivas Millaleo nos relata este episodio, hace una alto y nos dice que esto no fue fácil. Recuerda que con maqueta en mano siguió al entonces candidato a la presidencia de La República, Ricardo Lagos Escobar. Lo siguió durante mucho tiempo, hasta que consiguió compartirle la idea y mostrarle la maqueta. Hasta a la que fuera ministra de Salud del gobierno de Lagos –Michelle Bachelet Jeria–, le compartiría la idea del parque.

El antiguo dirigente vuelve a reflexionar y nos cuenta que originalmente el Parque debía reunir a todos los pueblos originarios. Agrega que en una oportunidad conversó con un dirigente Rapa Nui, Alberto Icka, y le pidió acercarse y hacer presencia en el parque.

El dirigente polinésico se comprometería a instalar una figura rapa nui de madera para mantener su presencia en el lugar. “Y así con los demás pueblos”, agrega Juan Rivas Millaleo.

En ese tiempo, rememora Juan Rivas Millaleo, Aucán Huilcamán, venía con una delegación a caballo desde la región de La Araucanía, con el objetivo de reunir las firmas suficientes para presentar su candidatura a presidente de La República. “Nosotros salimos a recibirlo al Canelo de Nos”, nos relata Juan Rivas Millaleo. En esa oportunidad le cuenta al dirigente mapuche del sur la idea que tenían sobre la instalación del Parque. Aucán Huilcamán propone a Juan Rivas Millaleo desviar la marcha hacia el lugar que recientemente se había tomado la ya formada agrupación Petu Mongueleñ Mahuidache, en la comuna de El Bosque. “Entonces le digo, mira, yo soy más bien por el tema del diálogo. Déjame ver qué es lo que va a pasar, porque ya nosotros nos habíamos tomado ese espacio. Llegó Carabineros, los pobladores del sector a oponerse al tema. Incluso Cachaña, de su bolsillo, compró todas las mallas para cerrar perimetralmente el espacio y las estacas para hacerlo”. Al final presentamos el proyecto de Parque al gobierno central.

Juan Rivas Millaleo, como presidente de la agrupación Petu Mogueleñ Mahuidache lograría que ese espacio fuera de la agrupación que dirigía. Desde la Municipalidad de El Bosque pondrían un equipo técnico a su disposición para elaborar el proyecto, teniendo un papel destacado Miguel Ortiz y Gabriel Robles, este último arquitecto de la SECPLAC. El exdirigente mapuche continúa: “...yo tomé la idea del proyecto y lo peleé con el gobierno central (...) y todos me decían en el municipio que este era un sueño de locos. Pero a mí nunca se me ha olvidado una frase que me dijo un viejito en Arica: de los sueños y de los locos se ha escrito la historia”.

Juan Rivas Millaleo recuerda, como si fuese hoy, el día en que lo llaman urgente de la Municipalidad. Le comunican que Sadi Melo –el alcalde de la época– desea conversar con él. Él se excusa y le dice a la secretaria de que puede ir al día siguiente. La secretaria insiste en que debe concurrir en el acto. Entonces Rivas Millaleo llama a su directiva y los convoca de manera urgente a la alcaldía. A la cita concurrirían Mireya Melipil, Juan Lepín, Eduardo Quinchaguala, Sebastián Curihuinca y Romualdo Nanco. Estaban acompañados, también, por Dagoberto Cachaña, quien fue avisado por Juan Rivas Millaleo y se desplazaría desde el centro de Santiago para concurrir a la cita.

A Juan Rivas Millaleo lo acompañaba, además, su hija menor, Joanna Rivera Rodríguez, quien a la fecha tenía apenas diez años de edad y solía andar con él en las labores dirigenciales. Una vez que estuvieron ante el alcalde, éste lo mira fijamente y le dice:

—¡Lograste lo que querías!

Juan Rivas Millaleo se manifiesta desorientado y pregunta:

—¿Pero qué, alcalde, de qué?

El alcalde agrega:

—El proyecto lo presentamos al Gobierno Central y el presidente Lagos lo aprobó. El Parque se construye.

En ese momento Juan Rivas Millaleo se acerca a Dagoberto Cachaña, y ambos se abrazan. Lo mismo haría con los miembros de la directiva.

Juan Rivas Millaleo agrega un antecedente importante de aquella reunión: “y el alcalde Sadi Melo me dice: el presidente de La República ofrece 280 millones de pesos para la construcción total del parque, con pleno financiamiento”.

La construcción del anhelado recinto no sería tarea fácil. Cuando Ricardo Lagos Escobar, ya asumido como presidente de La República, llega a la comuna de El Bosque a entregar oficialmente el espacio para su construcción, se organizaron grupos que se oponían a la idea, relata Juan Rivas Millaleo: “...se llenó la calle Jorge Luco, porque está Jorge Luco y Covarrubias, se llenó todas estas dos avenidas con gente opositora a que instalara el parque, con pancartas, qué sé yo, gritos xenofóbicos hacia nosotros (...) así que hubo bastante oposición. Sobre todo, me acuerdo que había compañeros que lideraban y azuzaban a la gente, que eran del Partido Comunista (...) Pero ya la decisión del presidente Lagos estaba tomada, y yo a esa gente, a toda esa gente conforme el tiempo fue avanzando, yo me la fui ganando de distintas maneras. Una, permitiéndoles a veces el uso del parque, o facilitándoles de repente los sillones, mesones para que celebraran los cumpleaños de los niños, porque las casas son muy chicas, de los vecinos...”.

Las reuniones de coordinación con la Municipalidad de El Bosque se sucedieron, una tras otra. Ellas incluirían a funcionarios gubernamentales. “En la calle Teatinos”, recuerda Juan Rivas Millaleo. Ahí le dicen: “... vamos a construir el Parque de los Pueblos Originarios con estas casas parecidas a una ruka. Y me preguntan qué me parecen, mostrándome unos planos alternativos al que nosotros habíamos hecho con la ayuda de Cachaña”. Luego agrega: “yo les dije que no. Yo quiero que me construyan el proyecto que nosotros presentamos”. El funcionario gubernamental les respondería a Rivas Millaleo que no era posible porque el presupuesto que tenían era de 80 millones de pesos.

Juan Rivas Millaleo no aceptó. Los funcionarios gubernamentales le dirían que se reuniera nuevamente con la asamblea de la institución para ver el asunto, y le pidieron reunirse una semana después. Cumplido el plazo, el exdirigente mapuche regresaría a reunirse con los funcionarios y mantendría su posición.

La información que él manejaba es que el presidente de La República había comprometido 280 millones y no 80, como le indicaban los

funcionarios de gobierno. Él no se movería un milímetro de su posición. Es más, argumentaría que, si no era posible la cantidad ofrecida inicialmente, que dejaran a la Organización, sin apoyo gubernamental, construir el parque, pero como ellos querían. Tal vez se demorarían 5 o diez años, pero lo harían a su manera, entre otras cosas, con rukas de verdad, que respondan a las tradiciones mapuches. Agregó que no tenía dudas de que muchos organismos internacionales estarían disponibles para ayudarlos, porque el pueblo mapuche era conocido en otras latitudes y solidarizaban con la causa mapuche. Finalmente, los funcionarios gubernamentales aceptarían construir el parque con el presupuesto ofrecido inicialmente.

La inauguración del Parque Mahuidache y el presidente Lagos

El presidente Lagos vendría por segunda vez al Bosque, ahora a la inauguración del Parque Ceremonial de Pueblos Indígenas Mahuidache, construido con todas sus dependencias, según el plano original presentado, y peleado por Juan Rivas Millaleo, incluyendo las rukas originales.

En la ceremonia, el exdirigente mapuche no dejó que se cantara la canción nacional, argumentando que ese territorio era mapuche. Los funcionarios gubernamentales aceptaron la decisión del dirigente.

Juan Rivas Millaleo recuerda con precisión el evento, y particularmente una frase que expresó cuando le correspondió intervenir en la ceremonia. Dio la espalda a las rukas, y mirando al presidente de La República, le dijo: “presidente, esto que ve detrás de mí es obra del pensar con nosotros y no por nosotros”.

Juan Rivas Millaleo agrega que su madre conoció el parque ya construido, y que participó en un Nguillatún realizado en el mismo lugar. Luego reflexiona: “yo creo que mi mamá jamás pensó que entre los siete hermanos que fuimos, yo iba a ser el que estuviera más involucrado en el tema mapuche”. Su madre fallecería en el campo, en su comunidad de origen, a más de seiscientos kilómetros de distancia. Él asistiría a su funeral, a una ceremonia que se extendió tres días. En los años posteriores continuaría yendo a la comunidad -cumpliendo su función de choique en los Nguillatunes-, pero cada vez menos, porque ella ya no estaba.

El Parque Mahuidache y el legado de un dirigente

Ahora que el parque está construido, y todos los días se realizan actividades de difusión de la cultura mapuche, Juan Rivas Millaleo nos cuenta que desde siempre aspiró a que en la entrada se levantaran tótem de to-

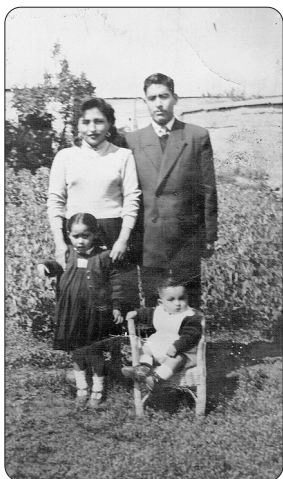
dos los pueblos indígenas del mundo. “Que incluya a los siux, a los rapa nui, a los maorí..., a todos los pueblos originarios de la tierra. Porque todos los pueblos indígenas somos un solo pueblo”.

Juan Rivas Millaleo sigue reflexionando y nos dice que los mapuches no son chilenos. Y, entre otras razones, porque la nación mapuche es preexistente a la nación chilena, con una historia que se ha desarrollado al este y oeste de la cordillera, en el Wall Mapu.

Al exdirigente mapuche le quedan tierras en el sur, como herencia de su madre, y que en algún momento deberá regularizar. “En estricto rigor”, señala, a él le corresponderían dos hectáreas. Pero no quiere involucrarse porque su familia es muy conflictiva. En este sentido, espera que su hija –que es abogada– pueda hacerse cargo de ello. Y no será fácil porque, entre otras situaciones, la tierra de su madre habría sido ya vendida por algunos de sus hermanos, sin el consentimiento de ella.

Juan Rivas Millaleo nos cuenta que es muy respetuoso con las tradiciones de su pueblo. No así con el significado que le dan los chilenos a celebraciones como las Fiestas Patrias o Navidad. Y continúa, concentrado en sus reflexiones: “hoy –dice– hay una gran diferencia entre ser y parecer mapuche”. En este sentido recuerda a su madre: “ella decía que no se podía enseñar lo que no se era. Y hoy veo gente que pretende ser lo que no es”. Agrega que los niños deben valorar a los viejos, que es una idea importante en la cultura del pueblo mapuche y en la de los pueblos originarios del mundo. Así lo vivió, en al menos dos viajes especiales donde le correspondió participar como dirigente; en México (Ciudad de México) y Brasil (Río de Janeiro) “El valor de los ancianos –dice–, es algo que han ido perdiendo los niños y jóvenes de las actuales generaciones”.

Juan Rivas Millaleo, fundador y primer presidente de la primera agrupación mapuche de la comuna de El Bosque, y promotor de la creación del Parque Ceremonial Pueblos Originarios Mahuidache, hoy de 67 años, vive con su pareja y su hijo menor de 16 años, en la población Guatemala, de la misma comuna. Al término de la entrevista, nos dice que le gustaría ser recordado como “un mapuche que promovió, junto a otras personas, la creación del primer parque de pueblos originarios de la comuna de El Bosque”.



Juan Rivas Millaleo, de niño, junto a una prima y sus padres, Carmen Millaleo y Juan Rivas, año 1958.



Juan Rivas Millaleo, en su servicio militar, Arica, 1978.

Arica 31.8.77

Querida M. S. y Silvia V. de R.
Pis.

Querida mamá:

Recibe esta pequeña
aprendiz como un regalo
para que me tengas a tu
lado cada vez que me
necesites, y siempre presente
en tus oraciones. Pues, yo
también te tengo presente
en las mías.

afectuosamente
Tu hijo
Juan Rivas M.
Juan Rivas

Nota al reverso de una fotografía, enviada a su abuela materna, desde Arica, año 1977.



Juan Rivas Millaleo y Víctor Paillaqueo, presidente y vicepresidente de Petu Moguelein Mawidhache, y el entonces candidato a la presidencia de La República, Ricardo Lagos Escobar, dialogando sobre el futuro Parque Pueblos Originarios Mawidhache, año 1999.



Ceremonia de entrega del lugar donde se erigió el Parque Mawidhache. Juan Rivas Millaleo, junto al entonces presidente de La República, Ricardo Lagos Escobar. Los acompañan la primera dama, Luisa Durán, la senadora Eliana Caraball, el alcalde Sadi Melo y su esposa; y el lonko de la Asociación Petu Moguelein Mawidhache, Juan Paillaqueo, año 2001.

Capítulo 2

La historia de Carlos Pichicona Quintulén

“Junto con trabajar, yo vine a conocer los zapatos (...)
Mi padre usaba zapatos hechos por él mismo.
Mi madre andaba a pie pelao”.

La infancia

Don Carlos Pichicon Quintulén, nació el 26 de septiembre de 1948, en la zona de Huilío, comuna de Freire, en la región de La Araucanía, hijo de Juan Vicente Pichicon y de Margarita del Carmen Quintulén. Vivió en una comunidad rural, en el seno de una familia extremadamente pobre, y recuerda que, como una manera de subsistencia familiar, él era arrendado por su padre “por dos sacos de trigo y dos corderos al año”. Don Carlos confiesa sus sentimientos de aquella experiencia, que recuerda con dolor: “...yo sufrí pena, hambre y frío. Yo andaba en grandes heladas”. De esta manera trabajaría en tres lugares distintos. La primera vez donde una de sus tías, que contaba con buena situación económica. En aquella casa, Don Carlos observaba diariamente a sus primos asistir a la escuela, mientras él se quedaba trabajando la tierra de sus tíos. Una vez terminado el período de trabajo, su padre lo enviaba a otro lugar. Al cumplir la “tercera parada”, como él llama al tercer trabajo que realizó, y de regreso en su casa, le pidió a su padre que lo enviara a la escuela. Quería saber qué se hacía en la escuela, quería aprender.

Los padres de Don Carlos eran analfabetos: “ellos no sabían leer ni escribir y se comunicaban entre ellos en mapudungun... Aunque yo sabía mapudungún, conmigo hablaban en Castellano”. Al preguntarle por la razón de aquello, Don Carlos no encuentra una explicación.

Con respecto a su solicitud de asistir a la escuela, al principio el padre se negó, pero tras insistir, su padre aceptó la petición de mala gana, matriculándolo en una escuela cercana a la comunidad. “Mi papá se negaba. Yo le dije que ya no quería andar más sufriendo lejos de la casa... Y entonces mi papá me matriculó en el colegio que queda como a tres kilómetros de la casa, donde yo asistía tarde, mal y nunca. Se llamaba Escuela Pewén”.

Su asistencia a clases fue muy irregular, y Don Carlos nos da las razones de ello: “porque mi papá decía hoy no va a ir al colegio porque hay que picar tierra. Hay que sembrar habas, arvejas, papas... Entonces yo faltaba a clases por semanas y semanas”.

De su época de estudiante, Don Carlos tiene buenos recuerdos. Era puntual para llegar a la escuela, para cumplir con sus tareas. Durante esa etapa, el único libro que conoció fue el Silabario, que llevaba y traía desde la casa al colegio.

Don Carlos no tiene claridad de cuántos hermanos tuvo. “Mi mamá decía que fuimos como quince. Pero iban falleciendo, naciendo (...) Entonces los que nos criamos..., los que nos criamos grandes, adultos, fuimos siete”.

Haciendo un gran esfuerzo para recordar, Don Carlos agrega: “y lo que me acuerdo yo también, dos niños que fallecieron..., fallecieron en una semana, seguiditos (...) Yo creo que tenía que tener unos ocho años y el otro como cuatro... No sé qué les pasó. Una enfermedad que entraba en el campo, porque no había... No había médico, no había nada”.

A los 15 años, Carlos Pichicono abandona la escuela y busca trabajo en la ciudad de Temuco. “Junto con trabajar yo vine a conocer los zapatos”, nos confiesa Don Carlos. “Mi padre usaba zapatos hechos por él mismo. Mi madre andaba a pie pelao”, agrega.

Su primer trabajo fue haciendo aseo y chicharrones en una carnicería del sector de la antigua estación de ferrocarriles en la capital de la región de La Araucanía. Luego trabajaría de mesonero en un restaurante de la misma ciudad. Sin embargo, en el restaurante no duraría mucho. Después de reclamar por el pago completo de su sueldo sería despedido. En ese momento tomó la decisión de regresar al campo y se enroló en un grupo dedicado a trabajos en un fundo cerca de la comunidad; cosechando papas y ordeñando vacas: “la ordeña empezaba a las cinco de la mañana y terminaba cerca de las ocho de la tarde”. A poco andar, el patrón lo observó cómo trabajaba y le preguntó si quería aprender a hacer queso. Bajo las órdenes de un maestro se haría especialista en la elaboración de quesos. En esa actividad completó dos años de trabajo.

“Aparte del sueldo me daban un tanto por ciento por el queso que yo vendía”. Pero en esta actividad, Don Carlos comenzó a percibir situaciones un poco extrañas: “...él llega a la puerta, recibía los quesos y los llevaba adentro y me decía espérame aquí. Después salía con que no le habían pagado, y así me andaba trayendo todo el día con los quesos por la ciudad (...) Dos jugadas me hizo así...”. Don Carlos trataría de formalizar la relación con su patrón, solicitándole su parte de la venta de los quesos. “Hoy día, le dije, hoy día no vengo a trabajar, vengo a cobrar mi sueldo. Ahí peleamos (...) Y le dije que quería que me pagara toda mi plata que me debía, para no andar más detrás de él (...) Me pagó todo y me fui”

Luego Don Carlos se trasladaría a trabajar en un fundo de la localidad de Toltén. Ahí se desempeñaría por espacio de un año. Quería ahorrar. Tenía 16 años y tenía el sueño de comprar “un caballo ensillado (...) Nunca en mi familia lo tuvimos. De todo mi esfuerzo..., había hecho. Entonces, quería demostrar que yo (...) Nunca cumplí mi sueño”, confiesa entristecido.

Los juegos en la niñez y adolescencia

La niñez de Don Carlos no estuvo exenta de los juegos en que participa todo niño, combinando la tradición mapuche con el fútbol. En su caso fue el Palín, donde participaba junto a otros niños de la comunidad: “palín se jugaba cerca de la casa, porque la cancha estaba en el mismo terreno que nosotros. Esa era como nuestra entretención, que hacíamos entre adultos y niños”. Luego agrega: “mi papá, no sé, autorizó hacer una cancha de palín ahí (...)”

También había un club deportivo, que se llama Universal, que actualmente existe. Ahí también jugué ya cuando ya estaba grande, poquito antes de venirme a Santiago”.

El viaje a Santiago y sus trabajos

Don Carlos nos confiesa que se cansó de trabajar en el campo y se vino a Santiago. No sólo era el esfuerzo diario de las labores sino también la manera en que realizaba su trabajo, lo que lo impulsó a viajar a Santiago: “me cansé de andar lleno de barro”, señala con convicción.

Su primer trabajo fue de barredor en una Panadería del centro de Santiago. Cuenta que, al poco tiempo de haber ingresado al trabajo, el jefe le dijo: “vas a tener que dejar luego la escoba. Tú no eres para esto”. En efecto, después de dos meses pasó a canastero, cuya función era llenar de pan los canastos en el local de venta. Ya con su primer trabajo, en la primera oportunidad que tuvo de regresar al sur, le contaría a su madre la labor que desempeñaba en Santiago. A ella no le pareció bien. Don Carlos recuerda que ella le dijo: “no, no, no, los panaderos son borrachos y ladrones”. “Gracias”, le dije yo. Don Carlos ríe.

La Panadería tenía como anexo un restaurante. Muy pronto Carlos Pichicono pasaría a desempeñarse en el restaurante como copero, ascendiendo luego a barman. Don Carlos nos cuenta que esto no le fue fácil. “Tenía que irse un barman para que otro ocupara su lugar”. En este trabajo estaría 12 años.

En algún momento Don Carlos intentó cambiar de rubro, tratando de ingresar a la minera El teniente. Pero no pudo. Recuerda que lo llamaron y, como nunca, llegó tarde a presentarse. Pero a la distancia reflexiona y dice que a lo mejor no era ese su destino. “Nunca había llegado tarde a un trabajo, pero ese día llegué tarde... Parece que estaba escrito que no iba a ser minero”.

Cuenta que en el trabajo escuchó rumores de que se acabaría la indemnización de años de servicio, con el tope de 11 años que establecían

las leyes laborales. Fue entonces que, al cumplir 12 años en la Panadería, se retiró para no perder el beneficio de la indemnización. Luego seguiría trabajando de manera independiente. Compró un triciclo y se dedicó a vender en las ferias de la comuna: “...empecé a vender zapallo en la feria. No me resultó. Después empecé a vender chilenitos”. Pero no le fue bien como comerciante. Estando en esta actividad, y caminando un día por las calles de la comuna, ve un aviso requiriendo un operario en una Panadería. Allí se emplearía nuevamente, por espacio de tres años. Después deambularía por varios trabajos de rubros relacionados hasta ingresar en un restaurante del barrio alto. Sin embargo, dejaría el trabajo porque su horario se extendía hasta altas horas de la madrugada. Nos cuenta que el dueño llegaba en la tarde con amigos, casi al cierre de la jornada, y se quedaba hasta las dos o tres de la mañana, siempre esperando que el jefe lo autorizara a retirarse temprano a casa.

Después de esta experiencia realizó otros trabajos remunerados. Así, se emplearía como garzón en uno de los locales del restaurante “El Pollo Caballo”. Allí trabajó durante 18 años. Después de trabajar en el restaurante mencionado, Don Carlos jubilaría. Nos cuenta que el trabajo le pasó la cuenta. Hoy sufre de artrosis.

El matrimonio de Don Carlos y la comuna de El Bosque

Don Carlos Pichicon se desempeñaba en un restaurante cuando conoció a su señora. En ese entonces arrendaba una pieza en el sector Los Cóndores, de la comuna de La Cisterna, que luego pasaría a formar parte de la comuna de El Bosque. Vivía cerca de un primo. En la casa del primo conoció a su señora. “Un día fui de visita donde mi primo y me encontré con dos señoritas (...) Después hubo algunas citas (...) hasta que nos casamos”, nos relata Don Carlos.

En aquella época su primo le recomendó que participara en la toma de un terreno: “...¿por qué no te vas a tomar un terreno? Si no, vas a estar todo el tiempo arrendando”, le habría dicho.

Don Carlos participó en la toma de un terreno junto a su primo, y como símbolo de pertenencia del terreno tomado instaló, junto a su pariente, cuatro palos con cuatro banderas blancas. “Como en ese entonces a los panificadores les daban sus seis, siete sacos de harina. Y yo tenía hartos sacos para hacer carpitas”. A ese lugar traería a su madre desde el sur, viuda desde hace unos años, a vivir con él a Santiago, junto a su señora.

En la toma había una organización y un conjunto de dirigentes velaban por la seguridad. “Yo trabajo de noche, les dije, y vuelvo en la ma-

ñana”. De esta manera, la organización le haría un salvoconducto para salir e ingresar al campamento durante su jornada laboral. A las 7 de la mañana Don Carlos salía de su trabajo y una hora después estaba de regreso en el campamento. “...y ahí todos los días traía 3 kilos de pan a la casa. ¿Y qué iba a hacer con tanto pan? Entonces yo iba a la guardia y ahí les daba a los vecinos. A los pobres chicos (...)

Y así me fui ganando el cariño de la gente y después ellos me cuidaban el sitio”

El breve intento de regresar al sur

Después de muchos años en Santiago, y tras criar a sus hijos y de ver nacer a sus nietos, Don Carlos hizo el intento de volver al sur con su mujer. Nos cuenta que junto a su señora tienen una casa en la ciudad de Teodoro Schmidt, e intentaron trasladarse a vivir a esa ciudad de La Araucanía. Pero no alcanzaron a estar dos años. “Por la enfermedad de mi señora tuvimos que regresar acá... Aquí tiene que estar en control médico permanente”.

Un breve balance de su vida

Don Carlos Pichicono está a punto de cumplir 76 años, y vive con su mujer, una hija y un nieto en su casa de dos pisos construida en el mismo lugar de la toma de terreno acontecida hace décadas atrás en la población Las Acacias de la comuna de El Bosque. Al mirar hacia el pasado, realiza un balance de lo que ha sido su vida: “yo estoy orgulloso de ser mapuche. No sé si todos pensamos lo mismo...” Y recuerda la meta que se puso cuando era joven y comenzaba a trabajar: “...no me conseguí el caballo ensillado..., pero conseguí mi casa. Así estoy en este terreno todavía, gracias a Dios (...) Y tengo a mis hijos..., todos profesionales”.



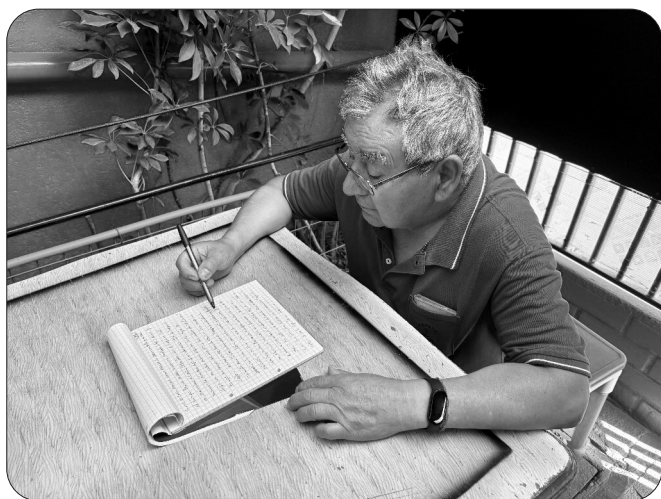
Don Carlos en el día de su matrimonio, año 1974.



Don Carlos Pichicona, al extremo derecho, con uno de sus hermanos y su madre, Juan Pichicona Quintulén y Margarita del Carmen Quintulén Caniullán.



Don Carlos con su señora María Retulén Levín y sus tres hijos: María Cristina, Carlos Vicente y Freddy Enrique, año 2000.



Don Carlos escribiendo sus memorias, en un block de notas, año 2024.

Capítulo 3

La historia de Luciano Painehual Queupumil

“A mí me gustaban los Nguillatunes. Allí bailábamos,
tomábamos muday, lo pasábamos bien...”

La niñez y los primeros años en la escuela

Don Luciano Painehual Queupumil, nació el 16 de enero de 1943, en la comunidad de Collahue, en la comuna de Padre Las Casas, en la región de La Araucanía.

Desde niño –incluso antes de ingresar a la escuela– se dedicó a trabajar en labores de campo. “Cuidaba los chanchos, las ovejas...”, nos relata. Después ingresaría a una escuela ubicada en el sector de Metrenco, a la que llegaba después de caminar una hora.

“El profesor era muy bueno”, nos cuenta Don Luciano. “Pero –agrega– también nos daba varillazos”. En la escuela, Don Luciano reforzaría el castellano, puesto que recuerda, en el campo, con su familia, prácticamente hablaban sólo mapuzugun.

En la escuela estuvo hasta Octavo Básico, puesto que no había liceos en el sector, en los cuales pudiera cursar la enseñanza media. Su escuela era de muchos niños, según cuenta, y convergían estudiantes originarios de comunidades cercanas.

Don Luciano recuerda que a veces no iba a la escuela. Hacía la cimarra con otros compañeros, los más cercanos. En una ocasión se escapó con una compañera y tras caminar e internarse en un bosque cercano, descansaron a la sombra de un añoso roble gigante. “Estuvimos allí sacando digüenes todo el día”, nos cuenta.

Siendo pequeño, participaría en ceremonias tradicionales realizadas en su comunidad: “a mí me gustaban los Nguillatunes –dice. Allí bailábamos, tomábamos muday, lo pasábamos bien...”.

Don Luciano nos cuenta que su familia no era pobre, tenían animales y ganado menor, y también una linda crianza de aves. “Mi padre era cacique”, agrega. “Tenía epu domo (“dos mujeres”)", nos dice, con cierta picardía.

A mí no me gustaba el campo, peñi”, nos confiesa. Cuando le preguntamos la razón, nos responde: “no sé, peñi..., pero no me gustaba. Me gustaba más el pueblo..., aunque no nos faltaba nada. Teníamos trigo, lentejas, teníamos como dos cuadradas de manzanas para hacer chicha...”. Don Luciano agrega que después de la escuela –salían a las 12 de la tarde– debía estar a la una de la tarde en la casa. “Hacía un rato las tareas, y después tenía que estar trabajando, rastrear, limpiar, tablonar. Así, eso no me gustaba a mí”. Su padre no contrataba trabajadores para las labores del campo, pudiendo hacerlo. Eran ellos, los hijos, quienes se dedicaban a trabajar el campo. Recuerda una anécdota de la niñez, estando con su hermano aplanando un terreno para la siembra. Aquí se detiene y nos aclara que en el campo del papá se trabajaba solo con caballos. “Mi papá tenía plata, peñi. En mi casa se trabajaba a puro caballo, no con bueyes”.

En un momento de la faena en que tuvo que detenerse, al bajarse del caballo y dejarlo amarrado, fue arrastrado por el animal unos metros antes de poder controlarlo. “Quedé todo embarrado, peñi”. En ese momento le dijo a su hermano, molesto con su padre, que por qué el papá no contrataba trabajadores, pudiendo hacerlo. Por qué eran ellos, sus hijos, quienes hacían el trabajo en el campo. Mientras se limpiaba y trataba de quitarse un poco el barro, le dijo a su hermano, convencido, que quería irse. “Me voy a Santiago”. A esas alturas tenía 14 años.

Don Luciano pensaba en la ciudad de Santiago, pero no sabía dónde llegar. Pero eso no le hizo cambiar su decisión y finalmente se vino a la capital. Al llegar a Santiago tendría mucha suerte. Después de llegar a la Estación central, y caminar unas cuadras, se encontraría con un pariente. Era una prima, que en esos momentos caminaba por una calle cercana. Ella lo reconoció inmediatamente: “¡Luciano!”, lo llamó. Era Marcela Collío, su prima de la comunidad. Él le comenta que se había venido a Santiago y que busca un lugar donde quedarse. La prima no le permitiría arrendar en un hotel y lo convidaría a su casa. “Ella vivía cerca de la Estación, por Carlos Valdovinos”, recuerda Don Luciano.

Sus primeros trabajos

Su primer trabajo en Santiago fue de repartidor de leche. “Yo andaba con un carretoncito, peñi, tirado por un caballo, y repartía leche por plaza Egaña”. Recuerda que estuvo más o menos tres años en esa labor. Por el sector donde se desempeñaba, al poco tiempo haría algunas amistades.

Era un hombre mayor, quien lo invitó a trabajar como empleado en su casa. Allí trabajaría varios años de cocinero, para luego realizar labores de jardinería en la misma casa. Allí conoció a su señora, quien también se desempeñaba como cocinera.

Unos años después se incorporaría como obrero en una fábrica de oxígeno industrial. Allí sería primero ayudante de máquina para luego asumir funciones más especializadas al interior de la misma empresa, llegando a ser jefe después de ocho años. “La Fábrica estaba en Pintor Cicarelli con Sierra Bella”, recuerda Don Luciano. También recuerda un accidente ocurrido en las instalaciones de la empresa. Un operario encendería un cigarro produciendo una explosión. En aquella empresa estaría por espacio de treinta años.

Nunca tuvo muy buenas relaciones con su padre, confiesa Don Luciano. No así con su madre, que era muy cercana a él. Pese a ello, pasarían nueve años antes de reencontrarse con su padre. El vino a verlo a Santiago. Un pariente de Santiago regresaría al campo y una vez allá le

daría la dirección a su padre. Con las indicaciones recibidas, su padre vendría a verlo a Santiago. El padre quería que Don Luciano volviera al campo. En este sentido le ofrece regresar al sur y hacerse cargo de la tierra. Él rechaza la propuesta y le dice a su padre: “...en este momento no necesito a su persona. Tendría que haberlo hecho antes, en mi juventud, no ahora”. Luego agrega: “aquí voy a quedarme, voy a vivir tranquilamente con mi señora, con mi hija, con mi hijo y con mi hijo chico, el último”.

Don Luciano agrega que a su padre no le quedaban hijos en el sur que pudieran hacerse cargo de la tierra. Todos habían fallecido. Junto con rechazar la propuesta, a su padre le promete hacerse cargo de él si llegara a pasarle algo. Le dice que se encargaría de darle una digna sepultura. Tiempo más tarde, Don Luciano cumpliría su promesa.

Su madre vendría tiempo después a Santiago, a conocer a sus nietos. Estuvo más de un mes con él y su familia en su casa de Santiago.

La vida de Luciano Painehual con su señora

Don Luciano Painehual, hoy de 81 años, vive actualmente con su señora Elsa González Córdoba y con una de sus hijas, en la casa que construyeron apenas pudieron comprar el sitio en la población Luis Cristian Martínez de la comuna de El Bosque. “Estas no son tomas”, aclara Painehual, refiriéndose al lugar en que vive actualmente. Primero comprarían el sitio, y después construirían la casa de a poco. Con su señora formarían una familia con cinco hijos, tres hombres y dos mujeres, los que le han dado nietos y bisnietos. Hace poco, nos cuenta Painehual, estuvo de Cumpleaños, y se reunieron más de treinta personas en la casa.

La señora de Luciano Painehual sufre de Alzheimer. “Esto es una tristeza, peñi”, nos confiesa Don Luciano. Y agrega: “hay que preocuparse todo el día de ella. No la podemos dejar sola. Tampoco se la puede contrariar”, agrega Don Luciano. “Ella se altera... Hay que estar al lado de ella, distraerla...”. Don Luciano ha perdido la cuenta de cuantas veces ella se despierta en la noche y él debe levantarse para acompañarla.

Hace años, siendo ya pensionado y viviendo en la comuna de El Bosque, Don Luciano se contactó con la agrupación Petu Moguelein Mahuidache. Nos cuenta que lo hizo a través de un conocido, y él le habló de la agrupación. Don Luciano se refiere a Juan Rivas Millaleo, el fundador y primer presidente de la agrupación. “A él lo conozco hace muchos años (...) Cuando tenía tiempo venía al Parque y participaba en actividades con los peñis, pero no he continuado”, agrega. Recuerda que se reunían a conversar sobre el sur, a contarse sus historias, sobre los

lugares del sur donde iban los veranos (...) A veces hacíamos un asadito y compartíamos con los socios, entre todos”. Pero cada vez tiene menos tiempo.

La entrevista a Don Luciano Painehual, la realizamos en dependencias del Parque Ceremonial Pueblos Originarios Mahuidache, a un costado del huerto, que se levanta entre la Ruka principal -Ruka Ilwe- y la Ruka museo. Él ha conocido muy bien las instalaciones del lugar y es capaz de describirnos cada una de las rukas del lugar. Mientras grabamos las observa con cierta nostalgia.

Reflexiones finales

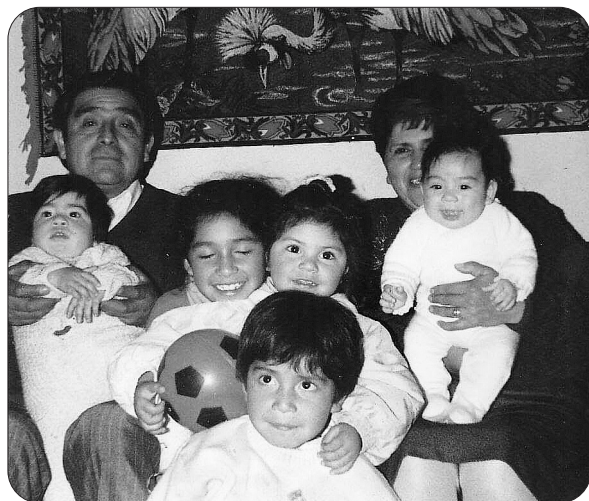
Don Luciano reconoce sus orígenes en Argentina. En algún momento de nuestra conversación nos relata sus orígenes, y nos detalla incluso los nombres de quienes habrían migrado hacia este lado de la cordillera dando origen a sus ancestros. Una de sus abuelas no era mapuche y habría llegado a Chile desde Argentina. Dice que ser mapuche es un orgullo para él, y le gustaría que “los jóvenes nunca dejen de hablar mapuche”. Agrega: no dejen de hablar con los chachay, con las machis, con las papay (...) No olvidar a los del pasado. Seguir una buena ruta, un buen camino”.



Don Luciano Painehual junto a su madre, Chiñurra Queupmil Meli, Padre Las Casas, Año 1980, Temuco.



Don Luciano Painehual junto a su esposa, Elsa González, Santiago Año 1982.



Don Luciano y su señora, junto a un grupo de nietos, Año 1993.



Don Luciano y su señora, con sus cinco hijos: María, Elsa, Jessica, Bernarda y Luciano.

Capítulo 4

La Historia de Elsa Bodaleo Millape

“Caminábamos sin zapatos.
Después salieron los zapatos plásticos.
Ahí la gente se puso tonta
comprando zapatos plásticos”.

La infancia

Elsa Bodaleo Millape nació en la zona de Galvarino, en la región de La Araucanía. Su historia comienza en una comunidad rural de la zona donde las dificultades económicas y las dinámicas familiares complejas moldearían sus primeros años de vida.

La vida familiar de Elsa fue particular desde su nacimiento. En sus propias palabras nos relata el contexto de su nacimiento: “mi mamá, así como se dice, se juntó un ternero con una vaquilla, nada más. Y nací yo”, nos cuenta con franqueza sobre sus orígenes. Posteriormente, su madre formaría otra familia más estable: “después ya se puso bien la vida, buscó un marido, de verdad. Ahí tuvo tres hijos”. Esta nueva unión marcaría una diferencia en el apellido de Elsa respecto a sus hermanos: “todos los hijos que tuvo son Melinao. Yo soy la única de parte de ella, Bodaleo”, explica.

Desde muy temprana edad, ella fue criada por sus tíos maternos, quienes no podían tener hijos propios. Esta circunstancia le proporcionó un hogar estable: “yo me crie con un tío hermano de mi mamá”, nos relata.

La relación con sus tíos era cercana y afectuosa: “yo era la niña regalona del tío y de la esposa de mi tío (...) ellos no podían conservar los hijos porque se les fallecían los niños, no los podían conservar”, recuerda.

El trabajo fue una constante desde sus primeros años. Sus recuerdos más tempranos están ligados al cuidado de animales, una responsabilidad que le dieron siendo muy pequeña: “lo primero, lo primero, cuidando los animales. Eso cuidaba todo, todo el día”, recuerda. Esta labor no era sencilla, pues implicaba estar constantemente alerta: “¿los animales? No, a veces eran pocos, pero tenía que cuidarlos porque en ese tiempo robaban en el pleno día, se llevaban los animales”.

La geografía del lugar donde creció estaba marcada por la dispersión de las viviendas y los largos trayectos que debían recorrer sus habitantes. Esta característica del territorio hacía que las distancias fueran un desafío constante, especialmente para una niña que debía cuidar animales: “cerro, cerro, bajada, subida, bajada, subida”, describe Elsa, recordando los trayectos que debía caminar.

La pobreza fue una realidad muy presente en su infancia. Las condiciones materiales eran precarias, como lo evidencia el siguiente relato: “caminábamos sin zapatos. Después salieron los zapatos plásticos. Ahí la gente se puso tonta comprando zapatos plásticos”. Recuerda: “la alimentación también era escasa. Dejaban una ollita de alimentos para todo el día. Hasta que daban los alimentos al otro día, para poder alimentarse uno mismo”.

Elsa desarrolló un carácter fuerte, necesario para cumplir con sus responsabilidades: “yo era peleadora..., era peleadora”, admite. Esta actitud surgía principalmente de su sentido de responsabilidad en el cuidado de los animales: “porque la cosa que era que el flojo no atajaba ni los animales (...) Entonces yo tenía que andar a la siga de los animales”.

La educación y el trabajo infantil

La historia educativa de Elsa refleja la realidad de muchos niños mapuches de su época, donde el trabajo y las necesidades familiares primaban sobre la educación formal. “Para contar la verdad, yo no fui al colegio”, nos confiesa Elsa con una mezcla de resignación y pesar en su voz.

Esta ausencia de educación formal no se debió a la falta de instituciones educativas en la zona. Elsa recuerda claramente la presencia de una escuela y sus profesores: “había escuela, había profesores. No sé de dónde venían, pero vivían ahí con sus señoras en el mismo sector del colegio. Ahí mismo”. Sin embargo, las prioridades familiares y las necesidades económicas determinarán su destino.

El contraste entre su situación y la de sus hermanos menores es notable. “Sí, fueron a la escuela después. Aprendieron un poco leer y escribir”, nos cuenta, revelando cómo las oportunidades educativas fueron cambiando incluso dentro de su propia familia. Esta diferencia generacional se hace más evidente cuando compara su época con la actualidad: “ahora, en esta época que yo fui a dar una vuelta al campo en Galvarino, al campo, a todos los niños los mandan al colegio. Todos. Los pasan a buscar, andan en furgón, pero en esos tiempos no había nada”.

Años más tarde, residiendo ya en Santiago, tendría la oportunidad de estudiar, pero las circunstancias seguirían siendo complejas: “yo no quise ir de noche, porque es peligroso para una muchacha joven. Así que yo no fui al colegio”, explica Elsa.

El aprendizaje del mapuzugun

La relación de Elsa con el mapuzugun, el idioma ancestral de su pueblo se desarrolló de manera natural en el entorno familiar, particularmente a través de su abuela materna. “A mi abuelita yo la escuchaba hablar mapuche. Entonces ahí aprendí con ella, con la mamá de mi mamá”, nos relata.

Las caminatas y visitas con su abuela fueron fundamentales en este proceso de aprendizaje lingüístico: “cuando ella salía a pasear, a ir a ver a algunos amigos, hermanos, primos, qué sé yo, familias de ellas, me llevaba. Entonces yo escuchaba la conversación en mapuche. Así aprendí también.

Sus padres utilizaban tanto el castellano como el mapuzugún, pero de manera estratégica: “todos hablaban en castellano (...) conversaban (en mapuzungun)] para que no entiendan otras personas, entonces hablaban callados (...) cambiaban (entre) castellano o mapuzugun. La pillería como la pillería”.

Esta dinámica lingüística cambiaría con el tiempo: “sí, pero hablaban más castellano que mapuche, ya estaba cambiándose mucho”, recuerda Elsa, señalando el cambio producido más tarde.

La Migración a Santiago y primeras experiencias laborales

Ya en Santiago, el uso del mapuzugun, de parte de Elsa Bodaleo, se volvería más esporádico, aunque no desaparecería por completo. La pérdida gradual del uso cotidiano del idioma ha afectado su propia capacidad de expresión: “como no lo estoy hablando todos los días, entonces como que a uno se le olvida, como que da la vuelta a la cabeza”.

La vida de Elsa daría un giro significativo cuando, siendo apenas una adolescente, decidió migrar a Santiago. Este viaje fue facilitado por una prima mayor, quien la traería a la capital: “con una edad de chica, calculo unos doce años, trece... Era mi prima hermana más mayor, por supuesto”. La decisión de dejar el campo no fue casual, sino que estuvo profundamente motivada por su deseo de evitar el destino que observaba en muchas mujeres de su comunidad: “porque mucha gente se llena de hijos. Entonces yo no quería llenarme de hijos (...) No, porque veía a la gente pobre, mientras más hijos, más pobre”, explica Elsa.

Su llegada a Santiago marcó el inicio de una nueva etapa en su vida. Su primer trabajo fue como asesora del hogar en la casa de una pareja de profesores, una experiencia que dejaría una huella positiva en su vida: “me trataron bien. El primer trabajo que tuve ante esos profesores (...) me querían”, y continúa, “Yo era alguien obediente, le cuidaba la casa”, recuerda con afecto.

Con el tiempo, ella adquiriría experiencia en el trabajo, buscando ambientes laborales donde fuera respetada: “me cambié de uno y de otro lado. Según el trato. Si el trato es bueno, dura. Pero si la trataban mal, no, pero no tengo mal recuerdo, nadie me trató mal”.

Durante sus años de trabajo como asesora del hogar, Elsa se destacó por practicar al pie de la letra las recomendaciones que le fueron inculcadas desde su llegada a Santiago: “no saques nada sin permiso. No comas cosas que no son, sin permiso (...) Entonces, yo obedecí a todas esas cosas”, nos explica, registrando los consejos que recibió.

Un tema recurrente en la vida de Elsa Bodaleo Millape, es la importancia del trabajo como medio de superación. Su experiencia laboral le permitió no solo mantenerse, sino también ayudar a su familia: “con platita en el bolsillo para ayudar allá a mi mamá, pasarle un poco de plata. Eso es lo que queríamos. Porque plata no había. Éramos muy pobres en ese tiempo los mapuches”.

La maternidad y la vida familiar

La historia de maternidad de Elsa está íntimamente ligada a una relación que tiene sus raíces en su comunidad de origen. Conoció al padre de su hija durante su niñez, en el campo: “nosotros nos conocíamos de niños chicos. De niños chicos”, nos cuenta.

Ya establecida en Santiago, Elsa tomó la decisión de ser madre: “dije yo, algún día cuando ya sea mujer mayor, yo voy a ser mamá, pero voy a buscar un hombre que esté al lado mío, para tener una, nomás, un hombre, una mujer. Así que eso es lo que hice yo”. El destino la reuniría nuevamente con aquel conocido de la infancia, llevándola a una relación que, aunque no convencional para la época, respondía perfectamente a sus planes: “me siguió buscándome. ¿Por qué no te decides, si era un amor para tener un hijo, una hija, lo que sea? Pero una. Así nos juntamos”, recuerda Elsa.

El sueño de la casa propia

Antes de establecerse definitivamente en la comuna de El Bosque, su vida en Santiago estuvo marcada por varios cambios de residencia: “varias, varias, varias partes”. Su adaptación a la vida urbana implicó un importante choque cultural, especialmente en su percepción del entorno urbano. Al preguntarle qué le impresionó de Santiago, responde: “claro, gente y autos, hay gente y autos”.

Uno de los logros más significativos en la vida de Elsa fue la adquisición de su casa propia, un objetivo que alcanzó a través de un proceso gradual que requirió disciplina, esfuerzo constante y apoyo de personas claves en su vida. “Cuando compré mi casa (...) ahí me sentí feliz, me sentí otra persona, como que nací con plata, como que nací con un montón de plata, pero trabajando, nomás”, nos confiesa con orgullo.

En este proceso, fue fundamental el apoyo de una de sus empleadoras, quien la ayudó a gestionar y organizar sus ahorros: “ella me ayudó. Ayudó, orientándome. Entonces, cada vez que tú ganas, lo deposita la plata. Cada vez que te pagan, deposita la plata. Hasta por fin, tener la casa”.

El padre de su hija también contribuyó significativamente a este objetivo: “me ayudó para tener mi casa. Trabajó. Me ayudó (...) para que yo pagara la casa que tengo”, nos cuenta. Sin embargo, esta relación tendría un final trágico, ya que su pareja fallecería debido a problemas con el alcohol: “del alcohol, del alcohol. Si no dejó el alcohol...”.

Hoy, con 89 años, Elsa vive con su hija, su yerno y una nieta, en la población El Puelche, en la comuna de El Bosque. Al reflexionar sobre su vida, enfatiza la importancia del trabajo y la educación como caminos para salir adelante: “hay que trabajar. Hay que ir al colegio también, por supuesto, y trabajar duro”.



De viaje durante su juventud, junto a sus amigas, a Pitracó, ubicado entre Chol Chol y Galvarino.



De visita en Algarrobo, a sus veinte años.



Tarde recreativa en el Parque Forestal,
a sus 35 años, junto a su pequeña hija Judy.



Junto a su madre, hermanos, cuñados, sobrinos y nietos.

Capítulo 5

La historia de Sibelina Manqueo Mariqueo

“Que se acerquen, que sigan los caminos de los mapuches
(...) Tienen que estar cerca de sus raíces”.

El origen de su nombre

Sibelina Ester Manqueo Mariqueo, nació el 4 de noviembre de 1952, en una comunidad al interior de Nueva Imperial, en la región de La Araucanía. Hija de Manuel Segundo Manqueo Caniulao y de Juana María Mariqueo Manqueo. Sus padres eran primos, ya que la mamá de su mamá era hermana del papá de su papá. El origen de su nombre tiene una historia particular que ella misma relata: “mi papá tenía una tía que se llamaba Uchelina. Cada vez que tenía una hija mujer, decía que le pondría el nombre de ella. Cuando nací yo, fueron al Registro Civil, le dijeron que ese nombre no existía, y ahí me llamaron como Sibelina”. Sin embargo, ella confiesa: “lo odio, no me gusta mi nombre. Aunque últimamente lo he usado mucho aquí en el consultorio (...) En la escuela me decían Lina porque Sibelina era muy largo”.

El padre y la madre de Sibelina Manqueo

La relación de Doña Sibelina con su padre estuvo marcada por el aprendizaje y la transmisión de conocimientos prácticos. Como recuerda: “mi papá era una persona muy buena. Era adelantado y también de su tiempo. Siempre nos enseñó cosas, aunque mi mamá no tenía estudios. Mi papá, que tampoco estudió, sabía más cosas”.

El padre de Sibelina se destacó por enseñarle oficios y habilidades tradicionalmente considerados masculinos: “él me enseñó a hacer calcetines, a hacer masa, me enseñó a hornear pan. Me iba diciendo cómo tenía que poner el fuego, todo eso”. Esta transmisión de conocimientos prácticos fue fundamental en su formación: “entonces yo tuve enseñanza de hombre, no de mujer (...) yo me sorprendí porque en el colegio donde yo estudiaba también me enseñaban todas esas cosas: a cocinar, a tejer, a hacer calcetines, a hacer pan”. La relación con su padre, de aprendizaje y respeto mutuo, marcaría profundamente su vida.

La enfermedad y muerte de su padre fueron momentos difíciles para la familia. Sibelina recuerda: “mi papá estuvo enfermo mucho tiempo, un año y medio. En el último día que estuvo con vida, supimos que tenía cáncer. Nosotros éramos tan pobres que parecíamos huesos caminando. Nos costó mucho levantarnos, mucho, porque mi mamá también era una persona enferma”.

De su mamá, Doña Sibelina relata: “mi mamá fue una persona muy sola. Mi madre tenía un hermano, de padre y madre. Mi abuelo y mi familia se fueron a vivir cerca de Cholchol, y después mi abuelo se fue a Argentina, nunca más regresó”.

La soledad y el abandono definieron la niñez de su madre: “mi mamá sufrió mucho de niña. Andaba de una casa en otra, de la casa de un tío a otro. La tenían solo para que hiciera las cosas”. Esta vida de constante desarraigo marcó profundamente su carácter y su destino.

La vida no mejoró significativamente cuando su madre formó su primera familia: “después conoció a un caballero y se la llevó a Tucapel. Con él tuvo tres hijos. La madre de este caballero era muy mala con ellos. Cuando el salía (...) la señora le dejaba muy poca comida para que mi mamá la repartiera entre los niños. Pero venía otro hijo de ella y le daba más comida”.

Un punto de inflexión en la vida de su madre ocurrió de manera inesperada: “un día, no sé cómo fue (...), se encontró con mi abuelo. Y él se la llevó para la casa (...) Mi abuelo le compró ropa y zapatos, y se la llevó para la casa con su guagua”.

La transmisión de esta memoria y este dolor se refleja en cómo Sibeline se emocionó profundamente al escuchar cantar a la señora Elsa Quinchaleo –otra de nuestras entrevistadas, y cuya historia también se presenta en este libro– en la celebración del Wiñol Tripantu en la comuna de El Bosque, este año 2024: “me dio mucha pena, mucha pena porque me recordó a mi mami. Cuando la señora Elsa cantó, me pegó fuerte, me devolvió a mi madre”.

Las tradiciones culturales en su niñez y adolescencia

Las celebraciones del Wiñol Tripantu ocupan un lugar especial en sus recuerdos de infancia. Sibeline describe con detalle los rituales nocturnos: “a las 12 de la noche se estaban bañando en el río (...) No era con ropa, y cómo que no había vergüenza entre todos los que se bañaban allá porque era de noche, no era de día”. Este ritual tenía un profundo significado espiritual: “era para purificar su alma, para tener nueva energía”.

En el hogar de Sibeline, el mapuzungun era la lengua de comunicación entre los adultos, aunque con los niños la situación era diferente. Esta dualidad lingüística marcaría su relación posterior con la lengua ancestral. Como ella recuerda: “en una oportunidad yo (...) grande ya, después que (...) después de irme a Santiago (...) y después volvimos... Yo saludé a mi mamá una noche y se rieron (...) la saludé en mapuzugun y se rieron de mí, y le dije que yo nunca más voy a hablar. Nunca”.

Sibeline reconoce que algunos aspectos de su infancia se han desdibujado con el tiempo: “hay parte que yo no me acuerdo mucho. Tengo como una laguna que no recuerdo”.

Su vida en Santiago

Como muchos mapuches que llegaron a la capital en busca de mejores oportunidades, sus inicios estuvieron marcados por las dificultades. “Cuando llegamos acá éramos muy pobres, muy pobres”, recuerda Sibelina. Llegamos en el año 1967 a un campamento que estaba en la Población José María Caro y la situación familiar era especialmente difícil debido a la salud de su madre: “mi mamá era una persona enferma. Yo no trabajaba para poder estar con ella. Mi hermana recién acababa de estudiar y no encontraba trabajo. Lo pasamos muy mal”.

Sus primeras experiencias laborales en Santiago estuvieron marcadas por la discriminación y las dificultades económicas. “Yo trabajaba en una casa donde me miraban por encima del hombro”, relata Sibelina. “Me pagaba 15.000 pesos y tenía que incluir la micro. Estaba todo el día”. En ese momento de su vida, Sibelina era madre soltera y debía mantener a su familia: “tenía que sacar adelante a mis niñas”.

La situación mejoró cuando encontró un nuevo trabajo: “después de dos años conocí a una señora donde estuve trabajando. Empecé a ganar mejor, veinticinco mil al mes (...) Era muy buena ella”, recuerda.

El matrimonio y la vida familiar

A los 18 años, Sibelina conoció en el sur al que sería el padre de sus hijas. “Lo conocí cuando fui en el verano al campo”, recuerda. “Quedé embarazada de mi hija mayor, le escribí contándole que tendría una hija, pero él nunca me contestó”. Tiempo después, ya en Santiago, un encuentro casual cambiaría la situación: “un medio familiar me habló y me dijo ahí viven los hermanos (...) Ahí me presenté con mi hija, que era hija de él. Él sabía que yo estaba con mi mamá (...) Cuando vio a su hija se emocionó mucho”.

La relación parecía tomar un nuevo rumbo: “nos fuimos a vivir juntos y nos casamos ese mismo año”. Sin embargo, las dificultades económicas tensionaron la relación: “él veía cómo vivíamos en la casa. Trabajaba en una fábrica de cecinas, pero no comíamos bien. Compraba un pollo, eran tan chiquitos que daba pena comerlos. Cuando vio que no podía darme lo mejor que yo tenía en la casa, se fue”. La vida como madre soltera fue desafiante: “fue difícil porque no tenía para comprar el uniforme, los cuadernos”.

A pesar de las dificultades, Sibelina mantuvo una actitud resiliente y una clara convicción: “nunca he pensado que uno tiene que vivir con un hombre para salir adelante”. El apoyo familiar fue crucial en este período: “yo tuve mucha ayuda de mi mamá, de mi mamá. Ella me ayudó mientras trabajaba”.

El reencuentro con la cultura:

Los Talleres de Memoria y Cultura Mapuche

La relación de Sibelina con su identidad mapuche ha sido un proceso de redescubrimiento y reconexión con sus raíces: “mi hermano me preguntaba y yo le expliqué sobre la Madre Tierra. Él me dijo que no sabía lo que significaba. ¿Pero ¿cómo tú lo sabes?”, me preguntó.

Esta reconexión con su cultura ha despertado en ella un profundo orgullo y nuevos anhelos: “para mí significa mucho ser mapuche. Lo que me gustaría mucho, mucho, es vestirme con la vestimenta tradicional mapuche”, expresa con un profundo deseo.

Para Sibelina, su participación en Los Talleres de Memoria y Cultura Mapuche, del que uno de los productos es la sistematización de historias de vida que se presentan en este libro, representa un significativo proceso de reconexión con sus raíces. Cuando tuvo la oportunidad de participar en una ceremonia de Wiñol Tripantu –realizada en la plaza de armas de la comuna de El Bosque–, la experiencia fue reveladora: “para mí fue súper importante, porque llevo tantos años... O sea, nunca había visto una ceremonia, digamos, que fuera así como la que hicieron ustedes, porque siempre era como una en la casa, en la que todo..., se juntaba la familia, y no era como en el lugar público”.

El poder del ñlkantun (canto tradicional)

Para ella, el momento más emotivo llegó con el canto de la señora Elsa Quinchaleo, quien se presentaría en la ceremonia de Wiñol Tripantu. Para Sibelina, esta no era una simple presentación artística: “todos dicen que es un canto, pero eso no es un canto, es un lamento. Es un lamento de los mapuches, porque yo me acuerdo que mi mamá lloraba mucho, lloraba así, y a mí me daba pena”.

La experiencia le trajo recuerdos profundos de su madre: “me acordé de mi mamá, (...) cuando cantó la señora Elsa, me trajo todos esos recuerdos (...) Los cantos cuentan una historia, yo entendí muchas cosas de lo que dijo la señora Elsa”.

Los talleres también le permitieron conectarse con otros miembros de la comunidad mapuche de la comuna: “no, no da lo mismo porque yo me sentí como muy identificado con ellas (...) yo me sentí feliz. Yo estoy muy feliz de haber participado en este taller”. Sibelina ve en estos talleres una herramienta importante para la preservación y transmisión de la cultura mapuche: “qué bueno que en cierta forma esto va a quedar. Va a quedar el testimonio, ese mensaje para que la gente que venga, que

venga después también se involucre, escuche y entienda un poco más también allá lo que ha significado para todos el ser mapuche”.

Cuando se le pregunta cómo le gustaría ser recordada, Sibelina piensa en su propia madre: “yo creo que me van a recordar igual como recordamos nosotros a mi mamá. Mi mami, a pesar de que no era una persona que tenía estudios, siempre nos dio todo lo que pudo”. Reflexiona sobre cómo sus nietos ya la recuerdan: “van a decir mi abuelita hacía esto, hacía aquello. Les gusta que yo converse con la gente”.

Sibelina Manqueo Mariqueo, hoy de 72 años, vive con su hija mayor y dos nietas, en la población Santa Elena, de la comuna de El Bosque, y su mensaje para las nuevas generaciones mapuches es claro y directo: “que se acerquen, que sigan los caminos de los mapuches. Porque hoy en día a muchos jóvenes como que no les interesa. Tienen que estar cerca de sus raíces”.



Sibelina Manqueo con su hija Paola, en plaza Almagro, año 1971.



Doña Sibelina Manqueo.



Doña Sibelina, junto a uno de sus hermanos, Santiago de Chile.



Doña Sibelina junto a un sobrino.

Capítulo 6

La historia de Juan Mellico Coña

“Subía, en la casa arriba, subía en el techo para mirar el Santiago. La luz se prendía... allá no hay”.

Los primeros años

Don Juan Mellico Coña nació el 22 de diciembre de 1939, en Huichicón, una comunidad mapuche ubicada en las cercanías de Cholchol, en la región de La Araucanía. Su llegada al mundo se produjo en la casa familiar, donde una partera mapuche ayudó a su nacimiento, siguiendo las tradiciones ancestrales de su pueblo. “En mi casa, en mi casa, porque ahí las señoras sabían hacer la..., recibir la guagua que nace. Sabían cómo recibir, cómo hacer, cómo se hace”, recuerda don Juan.

Hijo de Juan Mellico Carilao y Margarita Coña Quilapi, fue el menor de seis hermanos, cuatro hombres y dos mujeres. Su madre era originaria de Copinche, mientras que su padre era de Huichicón. Los padres de don Juan sólo hablaban mapuzugun, “no entendían nada castellano, nada”, dice don Juan, reflejo de una época en que el idioma ancestral mantenía plena vitalidad en las comunidades.

La casa donde transcurrió su niñez era modesta, construida con materiales tradicionales: “mi casa era de paja, la cocina era de tabla, tabla y techo de zinc”, describe don Juan. Como era común en las familias mapuches de la época, la subsistencia se basaba en la agricultura y la crianza de animales.

Años escolares

A los diez años, don Juan Mellico inició su educación formal en la escuela de los misioneros anglicanos, ubicada a corta distancia de su hogar en Huichicón. Esta escuela, aunque modesta en su alcance académico –llegaba solo hasta segundo básico–, representó su primer contacto con la educación formal y el Español. “La escuela era de..., era grande, escuela de material de madera. Y con ventanales”, describe don Juan.

La matrícula era reducida, reflejando la realidad rural de la época: “había como 15, 15 o 16 alumnos por todos. Alumnos y alumnas”. En este ambiente íntimo, don Juan dio sus primeros pasos en la lectoescritura y las matemáticas básicas: “ahí llegué a segundo básico, aprendí a leer, a sumar y a escribir un poco”. Recuerda don Juan que su padre le decía: “estudien porque cuando uno no sabe leer lo hacen lesa”. Y agrega: “yo salía bien, entonces sacaba buena nota yo”.

La transición lingüística

El paso del Mapuzugun al Español fue gradual. En su hogar, la comunicación era exclusivamente en el idioma ancestral. Don Juan recuerda cómo su hermano mayor, que ya había ido a la escuela, se convirtió en

un puente lingüístico: “después mi hermano, como sabía leer, entonces hablaba en Español un poco. Ahí uno sabía un poco”, pero, “mi padre y mi madre, por un momento no entendían nada”. Don Juan, hasta los diez años solo hablaba Mapuzugun.

La escuela en Cholchol

Después de completar el segundo básico en la escuela de su comunidad, don Juan Mellico continuó sus estudios en Cholchol, donde una escuela más grande ofrecía educación hasta sexto básico. La distancia entre su comunidad y el establecimiento era considerable: “cuatro kilómetros a cinco”, nos dice, un trayecto que Don Juan recorría a pie durante aproximadamente una hora.

El traslado diario a la escuela era especialmente difícil durante el invierno, cuando las condiciones climáticas dificultaban el tránsito. Para enfrentar esta situación, su padre le arrendaba una pieza en el pueblo: “solamente en el invierno, uno arrendaba una pieza..., porque cuando yo iba allá, yo era mucho dos meses, tres meses, uno arrendaba una pieza”, nos relata.

La vida estudiantil durante estas temporadas era austera; la alimentación se basaba principalmente en pan: “nos daban puro pan, nomás, para la semana”, agrega Don Juan.

La escuela de Cholchol tenía características muy particulares. Una de las más significativas era la presencia de profesores mapuches en el cuerpo docente: “había como tres, Don Germán, Martín Blato, y el otro..., había tres profesores mapuches”.

El día escolar seguía una estructura ritual bien definida, nos cuenta Don Juan. Cada jornada seguía una secuencia de actividades: “la escuela empieza así... Para empezar la clase, hacerlo en una oración... Después leían la Biblia, después cantaba un corito y de ahí se iba estudiando”, relata Don Juan. Y al finalizar las clases: “cuando terminaba también un corito, una oración y de ahí para la casa”.

A pesar de las dificultades que implicaba la distancia y las condiciones austeras, Don Juan mantenía entusiasmo por el aprendizaje: “me gustaba la escuela para aprender. Yo quería seguir estudiando y llegué hasta el sexto básico”, recuerda con satisfacción. Esta determinación por completar sus estudios formales, que lo caracterizaría a lo largo de su vida, lo ayudó a perseverar hasta concluir su educación básica.

El trabajo en el campo

Paralelamente a sus estudios, Don Juan participaba activamente en las

labores agrícolas familiares. Desde temprana edad asumió responsabilidades: “yo cuidaba ovejas, animales. Cuando era más, ya 12 años, cuidaba ovejas, animales. Teníamos chanchos, y un caballo como..., ese era el vehículo para ir a comprar en el pueblo”.

Los trabajos agrícolas eran diversos y demandantes: “sembraban trigo, sembraban avena. Era muy sacrificado ahí. Se agarraba con los animales, haga frío, no haga frío”. El trabajo incluía tareas específicas que requerían considerable esfuerzo físico, y a ellas se subordinaba la asistencia a clases: “mi papá decía hoy no va a ir al colegio porque hay que picar tierra. Hay que sembrar habas, arvejas, papas... Entonces yo faltaba a clases por semanas y semanas”.

La dureza de estos trabajos, especialmente el uso de herramientas como la guadaña para la cosecha, dejó una profunda impresión en Don Juan: “es pesado el trabajo en el campo”. Esta experiencia temprana de trabajo agrícola forjaría en él la determinación de buscar un futuro diferente: “no me gustaba porque era muy pesado. Sacrificado. Pero yo quise..., quise venir aquí a la capital para cambiar de vida. A tener otra vida”, confiesa.

A pesar de las dificultades económicas y las exigencias del trabajo agrícola, don Juan demostró ser un estudiante destacado en la escuela. Su capacidad de aprendizaje y atención le permitía sobresalir académicamente, sin necesidad de destinar largas horas al estudio: “...oyéndolos y ponía atención y salía bien, sacaba buenas notas”.

Las ceremonias sagradas

El Nguillatún ocupaba un lugar central en la vida espiritual de la comunidad donde creció Don Juan Mellico. A los nueve años presencié su primera ceremonia, quedando grabada en su memoria la rigurosidad de los preparativos.

“Como una semana antes se preparan los mayores, los ancianos”, recuerda don Juan, describiendo el protocolo ceremonial. “Van a la cancha a dar unas tres vueltas. Van en la mañana, como tres días”.

En la misma actividad estaban atentos a las señales naturales: “si llueve, quiere decir que están bien. Que están de acuerdo. Que Dios los ayudará”, explica. En su experiencia, las señales fueron favorables, y no solamente para la ceremonia del Nguillatun, también para las cosechas: “entonces cuando fueron para allá, llovió, algo, llovió un poquito. Entonces quiere decir que hay buena cosecha”.

Don Juan nos cuenta que los Nguillatunes se habrían acabado en su comunidad de origen. Cuando le preguntamos por las razones, él

explica con claridad: “porque llegó la religión evangélica. Entonces la gente creyó en Dios y ya no se hace más eso”. El olvido de las creencias tradicionales habría sido promovido por los pastores evangélicos. Ellos decían: “este es el camino verdadero. Esa costumbre que tienen los mapuches, no”. Don Juan recuerda con nostalgia: “después ya no hubo más Nguillatún. Nada más”.

Medicina Tradicional y Choike Purrun en la Vida de Juan Mellico

Las prácticas de medicina tradicional mapuche permanecían vigentes durante la niñez de don Juan Mellico, como lo evidencia el episodio de la enfermedad de su padre. “En mi casa, mi papá se enfermó y llegó una machi a tocar el kultrun”, recuerda. El ritual de sanación incluía elementos simbólicos como el uso de monedas: “y ahí le tiraron moneda. Si se tiraban harta moneda, dicen que se mejorará”.

Durante la ceremonia descrita, se realizaba el choike purrun, una danza ritual que involucraba a los jóvenes de la comunidad. Don Juan describe: “en la noche bailan los jóvenes con las señoritas... Entonces la machi empieza a tocar el kultrun con su palito. Había una joven de más. Había, por ejemplo, había seis chiquillas y había siete jóvenes. Entonces los chiquillos había que quitar, quitarles a otros. Empezaron a quitar, a quitar a la mujer. Es divertido”, recuerda Don Juan.

Los juegos tradicionales

El palín representaba más que un simple juego en la comunidad de origen de Don Juan. Era también un espacio de encuentro de diferentes generaciones, a juzgar por lo que nos cuenta: “yo jugaba en partidos grandes. Cuando era niño, cuando era joven. De niño uno empieza a jugar. Aparte los niños, los grandes hacen en su cancha”.

Los partidos de palín unían a las comunidades, “ahí jugábamos. Ahí estaban tres comunidades: ‘los Avendaño’, ‘los Mellicos’ y ‘los Huichaqueos’. Esas familias eran de Huichacona. Ahí teníamos un equipo”. Por otra parte: “los contrarios eran ‘los Onache’, ‘los Romulhue’ y ‘los Ancapil’”, según relata don Juan.

Su rol en el juego requería particular destreza: “a mí me pusieron en la punta..., para que no saquen la pelota, no hagan raya. Yo estaba en la... Huechul, Huechul le dicen. Entonces, cuando pasaba la pelota, mis compañeros me estaban viendo y yo corría. Tenía como 15 años”.

En Santiago, y sus primeros trabajos

En 1959, a los 19 años, Don Juan tomó una decisión que cambiaría el curso de su vida: migrar a Santiago. La motivación principal fue escapar de las duras condiciones del trabajo agrícola. Con el permiso de sus padres y la referencia de algunos parientes que ya vivían en la capital, llegó al paradero 14 de Santa Rosa, en la zona sur de Santiago. Su primer alojamiento fue en la casa de un familiar que le arrendaba una pieza y trabajaba en una panadería. La impresión inicial de la ciudad fue impactante: “subía arriba, en la casa arriba, subía en el techo para mirar el Santiago. La luz se prendía. Allá no hay”, confiesa Mellico.

La búsqueda de mejores oportunidades llevó a don Juan Mellico a transitar por diversos oficios en la capital. Cada trabajo representó no solo una fuente de ingresos, sino también una experiencia de aprendizaje que contribuiría a su desarrollo personal.

Su primera experiencia como mozo en una residencial fue breve pero intensa. “Entraba a las siete de la mañana en una residencial, casa residencial. Mozo garzón. Entraba a las siete de la mañana hasta las once de la noche”, recuerda Don Juan sobre las extenuantes jornadas. El trabajo, aunque proveía alimentación completa, era extremadamente exigente: “claro que teníamos todo, comida, todo. Era muy largo. Habíamos como siete garzones”.

Las responsabilidades eran variadas y constantes: “todos hacíamos camas, limpiábamos, hacíamos aseo. Después, cuando llegaba las doce, nos tocaban la campana para alistarse, para servir la mesa”. La residencial albergaba una clientela muy diversa, “porque en un residencial hay estudiantes, hay universitarios, hay carabineros jubilados que arriendan”. La intensidad del trabajo y las largas jornadas lo llevaron a buscar otro trabajo al cabo de tres meses.

Su siguiente trabajo fue como repartidor de pan, una labor que lo enfrentó a las inclemencias del clima: “en el invierno a todo, frío y lluvia repartiendo... En el verano a todo calor, hay que salir”. A pesar de que el trabajo incluía beneficios como alojamiento y alimentación, el sueldo era insuficiente: “tenía almuerzo, comía. La pieza no pagaba nada, así que comía, pero el sueldo también era una miseria”, confiesa Don Juan.

La experiencia como repartidor de pan duraría dos años. Sin embargo, las condiciones climáticas adversas y la baja remuneración lo llevaron a buscar una mejor posición dentro del mismo rubro.

El paso de repartidor de pan a maestro panadero marcó un punto de inflexión en su vida. Bajo la tutela de un maestro excepcional, Don Juan

aprendió los secretos del oficio: “había una buena persona, un maestro que vino. Se llamaba Lenin González. Él me enseñó todo”, recuerda.

El aprendizaje incluyó conocimientos precisos sobre las proporciones y técnicas de elaboración: “un quintal, un kilo de sal. Un pan de levadura. Depende del tiempo... Si hace mucho frío, aquí se le echa dos panes de levadura al quintal. La sal siempre igual. Y con agua tibia”.

Su dedicación y capacidad de aprendizaje fueron reconocidas rápidamente: “a los seis meses me subieron el sueldo porque aprendí a trabajar, me ofrecí como maestro”. Don Juan destaca la importancia de la precisión en el oficio: “¿sabe cómo se hace el pan? Hay que ser inteligente... Hay que mirar si hace mucho frío”.

La experiencia como maestro panadero le proporcionó mejores ingresos y también valiosos conocimientos sobre el manejo de un oficio especializado. Lenin González, además de enseñarle el arte de la panadería, resultó ser un mentor multifacético que también le transmitiría conocimientos sobre zapatería, habilidades que más tarde serían fundamentales en su vida de trabajo.

El establecimiento del taller propio

El momento decisivo en su trayectoria laboral llegó con el establecimiento de su propio taller de zapatería, donde, como señalaba Don Juan, también tuvo la ayuda de Lenin González, amigo y zapatero; que practicaba dicho oficio como una suerte de hobby. Inicialmente, arrendaría un local que destinaría a su oficio pero que también sería su vivienda: “arrendaba un local, así como este –refiriéndose al local donde lo entrevistamos–. Ahí vivía”. Paralelamente a su trabajo de zapatero, manejaba un taxi. Para hacer esto posible, contó con el apoyo de un sobrino que le ayudaba en el taller mientras él conducía el vehículo.

La consolidación como zapatero

Con el paso de los años, Don Juan desarrolló un profundo conocimiento del oficio de zapatero, que se convirtió en su ocupación definitiva. Su taller actual es un espacio de trabajo y un lugar donde mantiene viva la tradición del trabajo artesanal en la comuna de El Bosque, en el barrio Claudio Arrau. Su experiencia se refleja en el trato personalizado con los clientes y en la seguridad con que aborda cada trabajo. Lo anterior le valió ser reconocido como trabajador de un oficio patrimonial de la comuna, identificación que realizó la Casa de la Cultura de la comuna de El Bosque, el año 2023, con el apoyo del Ministerio de las culturas.

Tenía 23 años de edad cuando contrajo matrimonio en una ceremonia sencilla, como él mismo relata: “no, fue casamiento así, nomás, porque no había billetes... Simple, nomás”. A poco andar, la necesidad de vivienda se transformó en una preocupación constante para la joven pareja. Inicialmente, lograrían comprar un terreno: “compré un sitio por el 8 de Santa Rosa. Ahí fuimos a vivir un año”. Después, se establecieron en la población Los Eucaliptos.

La familia fue creciendo hasta contar con cinco hijos. Aunque su esposa falleció hace aproximadamente 30 años, sus raíces siguen expandiéndose: actualmente cuenta con ocho nietos y ocho bisnietos, muchos de los cuales han alcanzado logros profesionales significativos.

El presente

A sus 84 años, Don Juan vive con su nieto, la señora de su nieto y dos hijos de ambos. También viven con él dos nietas más, con un hijo cada una, en la Villa Los Eucaliptos, de la comuna de El Bosque, y mantiene su taller de zapatería en la calle Claudio Arrau, en la población Cóndores de Chile, de la misma comuna. Con la misma dedicación de siempre, continúa atendiendo a sus clientes y reparando calzado, manteniendo vivo el oficio que le ha permitido sostener a su familia durante décadas.

Aunque conserva una parcela de hectárea y media en su comunidad natal de Huichicón, su vida está firmemente establecida en la capital. “No me gusta el campo”, afirma con convicción, recordando las duras condiciones que lo motivaron a buscar un futuro diferente. Sin embargo, esta pequeña propiedad simboliza la conexión que mantiene con sus raíces mapuches.



Juan Mellico Coña, fotografía personal.



Don Juan Mellico, con su nieta Ruth Ester.



Don Juan, a sus 85 años sigue trabajando en su taller de zapatería, ubicado en Avenida Claudio Arrau, comuna de El Bosque.

Capítulo 7

La historia de Erna Carilao Quiñimil

“Nosotros cuidábamos el campo de los patrones, éramos los responsables y eso creo que a muchos no les gustaba”.

La niñez y la escuela

Doña Erna María Carilao Quiñimil nació el 7 de noviembre de 1953, en la reducción Estefanía, en la comuna de Ercilla, en la región de La Araucanía.

Los primeros recuerdos de su niñez se relacionan con su abuelo, a quien tenían como vecino en la comunidad, puesto que su casa quedaba al lado. Desde pequeña lo acompañaba a cuidar los animales, a arreglar un cerco o a hacer algún trámite. Doña Erna tenía seis hermanos y cada uno tenía responsabilidades en el campo, pero ella se diferenciaba porque era más vivaz y ágil al hacer las tareas.

A los siete años Doña Erna comenzaría a ir a la escuela. “Con mis hermanos pasó lo mismo”, señala. “A todos nos enviaba a la escuela cuando cumplíamos siete años”. Ella llegaría hasta sexto año. Se justifica diciendo: “yo era más activa y me tenían más para los mandados. Andaba siempre haciendo cosas en el campo”. Además, “yo era buena para correr y siempre, cuando faltaba algo, me mandaban a mí. Yo iba corriendo”. Algunos de sus hermanos completarían sus estudios hasta séptimo año.

La escuela quedaba en la ciudad de Ercilla y pertenecía a la congregación San Judas Tadeo de monjas, de la iglesia católica. Doña Erna recuerda con cariño que las monjas le enseñaron a bordar. Eso le gustaba mucho y el hábito de bordar lo conserva hasta la fecha. Como era un colegio confesional, rezaban permanentemente, aprovechando, además, que la iglesia se encontraba cerca, cruzando una de las calles principales de la ciudad de Ercilla. Erna Carilao reconoce que no asistió regularmente a la escuela. En el campo siempre había que trabajar, y se privilegiaba el trabajo antes que el estudio. Todos lo sabían y lo acataban.

A Doña Erna le gustaba la matemática y la historia. Nos cuenta que escuchaba embobada cuando su profesor les contaba cosas que habían ocurrido en el pasado. Pero también le gustaba la asignatura de Música, y sobre todo cantar; en esto también se destacaba.

Desde niña, Doña Erna entendió mapuzugún, pero nunca logró hablar el idioma. Quizá una de las razones, nos cuenta, fue que el idioma sólo lo hablaban los mayores. Y cuando los mayores hablaban, los niños debían retirarse. Entre niños sólo se hablaba en castellano. Entonces, desde niña habló en castellano y eso le sirvió al momento de ingresar a la escuela. Sin embargo, recuerda que los otros niños sabían mapuzugun. “Los demás eran de otros sectores”, señala, intentando explicarse por qué sus compañeros de la escuela hablaban mapuzugun y ella no.

Desde niña, Doña Erna supo lo que era trabajar. Su padre se desempeñaba en una hijuela cercana y ella lo acompañaba. El predio era

propiedad de una pareja de origen alemán que, además, poseían otra propiedad, lejos de la primera, que llamaban “pichifundo”.

Doña Erna tuvo una tía machi. Y Recuerda que llegaba mucha gente a verla y a ella la llamaban para ordenar. Algunas de sus hermanas se quedaban a ayudarla. Ella, como era muy pequeña, regresaba a su casa.

Una vez que terminó el sexto preparatoria, Doña Erna quiso seguir estudiando, pero no pudo porque debía ayudar a sus padres en las labores del campo y preocuparse, también, de su hermano. Tuvo un hermano menor que sufría de epilepsia. “Había que estarlo viendo siempre”, recuerda Doña Erna. “A veces lo perdíamos de vista y lo encontrábamos en el patio, tirado en el suelo, y había que cuidar que no se ahogara con su lengua, y así...” El hermano no tendría una larga vida. Fallecería a los quince años.

Después de terminar sus estudios, Erna Carilao, entusiasmada por algunos familiares, viajaría a Santiago a probar suerte. Le habían dicho que el trabajo era más liviano y se ganaba bien. Pero no aguantó más de dos meses y regresó al campo, eso sí con algunos ahorros. Quería ayudar a su madre, porque ésta no daba abasto con su hermano y las tareas del hogar. Y allí, junto con ayudar a su madre en el cuidado de su hermano, trabajaría para los mismos patrones de su padre. Ahí estaría más de doce años, combinando labores domésticas con los trabajos más duros del campo. Cansada ya, un día decide regresar a Santiago. “Me cansé del trato”, nos confiesa, “tenía una patrona que un día me trataba bien, y al otro día me trataba mal.

Doña Erna pierde a su marido

Doña Erna se casó en su comunidad de origen y tuvo dos hijos con su esposo. Siendo sus hijos muy niños, de cuatro y seis años, su marido fallece por causas que nunca lograron esclarecerse. “Lo encontraron cerca de la línea del tren. Estaba sin su sombrero y su manta..., todo desparramado” (...) Yo creo que no fue un accidente. Fue gente de puro mala, nomás”.

Formalmente le informaron que su marido no había muerto de manera natural, porque tenía golpes en la cabeza y en el cuello. Nunca se encontró a los responsables.

Doña Erna piensa que la muerte de su esposo se debió a la envidia. Ellos trabajaron siempre con los patrones de la hijuela, los más conspicuos del sector. “Nosotros cuidábamos el campo de los patrones, éramos los responsables y eso creo que a muchos no les gustaba”.

Doña Erna nos confiesa que este ha sido el episodio más triste de su vida. Desde entonces tuvo que asumir sola la responsabilidad de sus hijos.

Doña Erna en Santiago

Su hermana la motivaría para establecerse y trabajar en Santiago. Llegó precisamente a la casa de su hermana, en una población de la comuna de Peñalolén en Agosto de 1981, y se desempeñaría en labores domésticas en dos casas particulares, mientras dejaba a sus hijos en un centro abierto de la misma comuna. A partir de ese momento, Doña Erna se dedicaría exclusivamente al trabajo y a la crianza de sus hijos. Al preguntarle por ellos, nos cuenta que actualmente su hija es dependiente de un establecimiento que comercializa artefactos eléctricos. “Ella vende los productos fuera de Santiago”, nos aclara. Su hijo realiza trabajos esporádicos.

Doña Erna nos dice que no recuerda haber sido objeto de discriminación racial durante su vida, excepto por algunos episodios vividos con sus colegas de oficio, que, al igual que ella, se desempeñan en casas particulares. Y esto ocurría cuando las amigas de su patrona llegaban a la casa y solían alabarla por el orden y la limpieza que observaban, comparándolo con lo que ocurría en sus propios hogares. Esto llegaba a oídos de sus colegas y, al momento de verla, la recriminaban por esta situación. Ella piensa que era porque “no eran tan activas como yo”. “Yo siempre he sido rápida para hacer las cosas”, agrega.

Su llegada a El Bosque

Llevaba algunos años trabajando en Santiago, y Erna se preocupó por tener una casa para sus hijos. Por esta razón postularía a una casa que, felizmente, lograría en el corto plazo. Le dijeron que su casa estaba en la antigua comuna de La Cisterna, y que hoy forma parte de El Bosque. Apenas supo corrió a identificarla. Nos confiesa que la primera vez que visitó la casa que se le había asignado no pudo encontrarla. Al segundo intento lo lograría, eso fue a las 10 de la noche, a fines de los años 80.

A Doña Erna le habría gustado aprender mapuzugun y estar más cerca de su cultura. Nos cuenta, al momento de la entrevista, que días atrás estuvo en una iglesia de Peñalolén, y vio a muchas personas vestidas con la vestimenta tradicional mapuche. Le gustó mucho verlos.

Doña Erna, de 71 años, vive con un hijo en la Villa Obispo Valdés, de la comuna de El Bosque. Hoy, nos confiesa, observa que hay más entusiasmo por la cultura mapuche y eso le agrada.



Erna Carilao, fotografía personal.



Doña Erna Carilao, participando en la Parroquia Nuestra Señora del Molino, El Bosque, año 1998.



Doña Erna Carilao, en una procesión, Templo Votivo de Maipú, año 1999.

Capítulo 8

La historia de Elsa Quinchaleo Avendaño

“El teatro como que me dio mucha fuerza, me dio ánimo, me dio estar viva. Seguir adelante. Seguir y tratar de olvidar todo lo que pasó”.

El nacimiento

Elsa del Carmen Quinchaleo Avendaño nació un 16 de julio del año 1943, en la zona de Mucuchureo, comuna de Lautaro, en la región de La Araucanía. Hija de Rosario Quinchaleo Neculman y nieta de Juan Quinchaleo Queupo. Su llegada al mundo estuvo marcada por la tragedia: su madre falleció poco después de darla a luz, en circunstancias que revelan la dureza de aquellos tiempos. “Mi mamá murió cuando yo nací. Murió a los pocos días”, recuerda.

Las circunstancias de su nacimiento estuvieron rodeadas de dolor y secreto. Su madre, embarazada y soltera, se enfrentaba a la dura realidad de un padre intransigente. “Según dicen que el papá le dijo que si nacía su huacho se lo iba a matar”, nos relata Doña Elsa. Ante esta amenaza, su madre tomó una decisión desesperada: “Cuando llegó la hora, se arrancó, se arrancó a la montaña que es cerca de la casa. Una montaña que había (...). Ahí se arrancó y ahí me tuvo (...) no le avisó a ninguno de su familia”.

El parto ocurrió en soledad, entre los árboles nativos. “Entremedio de la hoja de los lingues, que les llaman allá, unos árboles que hay, porque era la Doña montaña. Entonces no paraba la lluvia, era en el invierno”, recuerda, a partir de los relatos que le fueron contando. Una hermana menor de su madre fue quien dio la voz de alarma, pero en lugar de avisarle al abuelo, buscó ayuda en una familia de la zona.

“La señora vino con su marido. Trajeron una fresá y trajeron un vestido de ella para envolverme”, cuenta Doña Elsa, sobre aquellos primeros momentos de su vida. Con los escasos elementos disponibles, improvisaron los cuidados básicos: “Me contaban después, cuando yo era mujer grande, me contaba ella que trajo una lana de esos que hilaban en el campo, un ovillito que tenía por ahí, lo pilló, y unas tijeras”. La mujer que la ayudó a nacer, “me cortó el ombligo (...) y después me envolvió con un vestido de ella y me tiró encima de mi mamá”.

Después de darla a luz, su madre fue llevada a la casa de quienes la auxiliaron, pero su estado era muy grave. “No se animaron a avisarle a mi abuelo, porque ellos ya sabían cómo era mi abuelito. Era muy mañoso”, recuerda Elsa. Cuando finalmente su tío fue a buscarla, “ella iba muy mal”. A pesar de los esfuerzos por salvarla con remedios de hierbas, como era costumbre en aquella época donde no se acudía a los hospitales, no pudo salvarla. “Nunca supimos qué le pasó”, reflexiona Elsa, quien años más tarde comprendería que probablemente fue debido a complicaciones del parto: “A lo mejor no botó toda la placenta, porque dicen que cuando no la botan se envenenan”.

Respecto de la actitud de su abuelo, Elsa la explica porque, “él no quería que hubieran mamás solteras (...) la hija tenía que estar casada (...), no solteras”. Por ello, prosigue: “a mí me escondieron en otra casa, porque pensaron que podía, no sé, qué podía hacer él”, recuerda, a partir de los relatos que le fueron transmitidos. Así, cuando el abuelo llegó a ver a su hija enferma, “preguntando dónde estaba la guagua, le dijeron que no estaba la guagua. No sabían dónde estaba”.

Una infancia entre muchos hogares

La temprana pérdida de su madre marcó el inicio de una infancia itinerante para Elsa. “Yo me crié de un lado a otro, primero con unas tías, hermanas de mi mamá”, relata sobre sus primeros años. Después, ya más grande, fue acogida en una familia donde había cuatro mujeres que se convirtieron en sus referentes maternos: “había una bien viejita, esa creo que era su mamá. Las demás eran sus hermanas, que eran solteras. Pero para mí era mi mamá. No había hombre en esa casa”. Esta primera etapa de su vida, aunque marcada por la ausencia de su madre biológica, estuvo llena del cariño de estas mujeres que la criaron: “nunca aprendí a decir papá, porque no había. Había puras mujeres”, recuerda.

Sin embargo, esta relativa estabilidad se vio interrumpida por una tragedia que marcaría profundamente su niñez: la epidemia del “tifus negro”. “Con esa enfermedad se murió mucha gente, mucha. Ahí murieron mis cuatro mamás, murieron una por una”, relata con dolor. Los recuerdos de aquellos días son vívidos y desgarradores: “yo me acuerdo cuando murió una, yo la miraba por el portillo de la casa y estaba tirada en el suelo. Así una y las otras estaba por allá acostadas, porque le hacían cama en el suelo porque no se las podían”.

La epidemia del tifus negro dejó recuerdos indelebles en la memoria de Elsa, especialmente la pérdida de sus “cuatro mamás” en rápida sucesión. “Había un viejito, él hacía el ataúd. El wampo que le decían en ese tiempo allá. Cortaban árboles (...), le sacaba todas las migas de adentro de los árboles y después se hacía la tapa y ahí se enterraba”, recuerda sobre aquellos días trágicos.

La rapidez con que la enfermedad se llevaba las vidas y el miedo al contagio hacían que los entierros fueran momentos especialmente solitarios y dramáticos: “y llevaban poquita gente al lado. Cuando venían de vuelta del cementerio ya estaba muerta la otra, después la otra. Murieron los cuatro”. El aislamiento provocado por el temor al contagio agravaba la situación: “ningún vecino iba a ayudar porque todos tenían miedo a esa enfermedad”.

La epidemia solo comenzó a ser atendida cuando “un señor rico fue a avisar en el pueblo, fue a dar cuenta que estaban muriéndose la gente en el campo”. Solo entonces llegó la ayuda oficial: “entonces salió la ambulancia a recoger a la gente enferma. Pero no sé qué año sería, yo era niña, chica... Y fueron a ponerle algo a las casas para que no hubieran infecciones”. Sin embargo, para muchos, incluyendo a las cuatro mujeres que habían sido como madres de Elsa, la ayuda llegó demasiado tarde.

El abuelo materno: entre la autoridad tradicional y la violencia

Tras la muerte de sus “cuatro mamás”, Elsa, con aproximadamente diez años, fue llevada a la casa de su abuelo materno, el mismo que había amenazado a su madre cuando estaba embarazada. La transición fue dolorosa para la niña: “yo me acuerdo cuando me llevaban, yo lloraba, yo decía, no, no me quiero ir, yo me quiero quedar solita”, recuerda. El motivo de su traslado era puramente utilitario: “ya tendría yo creo como diez años. Yo ya servía ya para cuidar a los animales. Entonces me llevaron para la casa de él”.

El abuelo mantenía una estructura familiar con tres esposas: “tenía dos señoras en la casa y la otra la tenía cerquita. Sí, así vivía él”. Era un hombre “chiquitito, gordito”, que no se caracterizaba por su dedicación al trabajo, agrega la señora Elsa: “como sembraban, no faltaba nada. Había trigo, había alverjas, había de todo para hacer comida”. Eran las mujeres quienes realizaban las labores agrícolas: “y las mujeres trabajaban para sembrar, para hacer la chacra, para todo, porque a mi abuelo no le gustaba trabajar”.

Su principal problema era el alcohol. “Cuando ya estaba con una copita, ya no era él. Era otra persona”, señala. Los episodios de violencia doméstica eran frecuentes y seguían un patrón calculado: si bien maltrataba a las mujeres de la casa, lo hacía de manera selectiva, “después le pegaba a una y quedaba bien con la otra, porque no podía pegarles a todas, porque si no, no lo atendían”. Los niños no escapaban de estas situaciones de violencia: cuando llegaba ebrio, todos debían salir “para afuera, lloviera o no lloviera, estábamos afuera tiritando de frío”.

Para proteger a la pequeña Elsa, las mujeres de la casa habían desarrollado estrategias: “había una piedra muy grande que todavía está, ahí atrasito, y yo tenía que ganarme. Me decían, ahí te ganas, ahí acostadita”. Las mujeres soportaban la violencia con una resignación que Elsa aún no comprende: “y como eran puras mujeres, las mujeres en ese tiempo no se defendían. Se dejaban que le pegaran”.

La vida cotidiana estaba marcada por restricciones y trabajo constante: “mi abuelito era muy mañoso. Nosotros no teníamos que jugar, no teníamos que reírnos, porque si nos reíamos, mi abuelo decía ya están con los

dientes pelados. No nos dejaban reír, teníamos que estar todo serio, todo serio. No podíamos jugar tampoco, porque teníamos que trabajar”.

Una de las privaciones más significativas que sufrió Doña Elsa, fue la de asistir a la escuela, solo reservada para los hombres. Su abuelo sostenía firmemente que “las mujeres no tienen que aprender a leer. Los hombres sí”, recuerda. Esta discriminación marcaría profundamente su vida, aunque años más tarde, encontraría formas de compensar esta carencia.

Los años de trabajo y aprendizaje en el campo

La vida cotidiana de la joven Elsa estaba marcada por las responsabilidades del campo, especialmente el cuidado de los animales. “Yo cuidaba las vacas, los chanchos, las ovejas. Todo eso lo cuidamos en un campo, porque no había cerco, no había nada”, recuerda. El trabajo requería especial atención pues “los animales no tenían que pasar al otro pedazo de terreno que estaba allí, pero no estaba cerrado, estaba abierto”. Elsa cuidaba los animales con otras niñas, siendo una de ellas particularmente especial: su hermana menor (que en realidad era su tía, pero a quien ella consideraba su hermana): “era mi tía, pero para mí, mi hermana, hasta ahora todavía es mi hermana (...) Ella tendría que ser mi tía, pero como estábamos las dos por la libreta, entonces es mi hermana”.

Cada día comenzaba temprano para la joven Elsa. Después de un buen desayuno que consistía en “un pavito de harina tostada en un plato, llenito un plato”, salía a cuidar los animales. “No teníamos té en ese tiempo, nosotros no conocíamos el té, pero mate sí. El mate lo tomábamos lavadito, porque el mate nuevo les podía hacer mal, decía mi abuelita”, recuerda, sobre aquellos desayunos que debían sostenerla durante todo el día en el campo. Como ella misma señala: “No teníamos hambre el mediodía, pues, porque la harina mantiene”.

Las condiciones de trabajo en la etapa de niñez de Doña Elsa estuvieron marcadas por las duras condiciones climáticas del sur, que se hacían especialmente difíciles por la falta de calzado. “Cuando helaba, helaba, como clavo, así. Uno caminaba ahí a patita pelá. Entonces sangraban la planta de los pies, porque eso era como clavo”, recuerda, describiendo vívidamente el dolor físico que experimentaban al caminar sobre el suelo helado. Esta situación no era excepcional, sino una realidad permanente que debía asumir: “no, pues, no teníamos zapatos, teníamos que andar a patita, a patita, nomás. Si hubiera helado, hubiera lluvia, hubiera frío, no hubiera, teníamos que andar así”.

Para protegerse de las inclemencias del tiempo, las mujeres de aquella época, particularmente las niñas, desarrollaban ingeniosas estrate-

gias de supervivencia, utilizando los recursos naturales disponibles en el campo. La vegetación nativa, específicamente los coligües, les proporcionaba refugio natural: “en esos tiempos había muchas quilas, quilas que le dicen, no sé cómo que le dicen aquí, los coligües que estaban con ramas, como casas. Ahí los metíamos, debajito”, recuerda Elsa. Con especial cuidado y sabiduría, las niñas lograban mantener pequeños fuegos para calentarse sin causar daños: “hacíamos un fuego bien chiquitito, nunca se nos quemó nada, nunca (...). Por eso digo, y ahora, ¿por qué tanto incendio con un poco de juego?”.

El arte de sobrevivir

En los largos días cuidando animales, la joven Elsa Quinchaleo desarrolló una habilidad especial para la supervivencia. Con el desayuno de “mate lavadito y un pavito de harina tostada”, ella y sus compañeras debían pasar todo el día en el campo. Fue entonces cuando su ingenio se manifestó de manera particular: “yo, no sé si Dios me dio ese don, no sé, porque para que no tuviéramos hambre, yo le decía a las chiquillas, hagan jueguito y voy a matar los pajaritos”.

Con una puntería que ella misma atribuye a una especie de don divino, conseguía alimento para el grupo: “y tenía una buena chuntería, veía a los pajaritos así, y le tiraba con una piedra, y caían los pajaritos. Matamos como tres pajaritos y después los pelamos”. La preparación del alimento era rudimentaria pero efectiva: “pero no los lavamos (...) no sé cómo, nunca los enfermamos”, recuerda ella.

Con los elementos disponibles en el campo improvisaban los utensilios necesarios: “los pelamos bien peladitos, los destripábamos con un coligue (...). Los coligues cuando se quiebran quedan como de punta. Con ese los destripábamos (...) y después hacíamos asado y comíamos pajaritos. Sin sal, sin nada, así, nomás”.

Años después, estos recuerdos producen en Doña Elsa, ciertos sentimientos encontrados: “y ahora cuando veo los pajaritos me da tanta lástima, digo yo, cuando me acuerdo de todo eso”.

Por otra parte, la necesidad las llevaba también a buscar formas de complementar esta dieta improvisada. A veces lograban intercambiar algunos recursos: “había una señora, que ella no era pobre, ella tenía de todo. Hacía pan, porque en el campo no se compraba el pan, porque se hacía el pan. Entonces ella hacía pan y yo le llevaba un atado de coligue seco... y ella me daba, porque en ese tiempo le decían galletas a los pan-citos, dos galletas, con eso teníamos para comer con el asado”.

Entre los alimentos básicos se encontraba el yuyo, planta que aprovechaban de diversas formas: “nosotros lo criamos con el yuyo”, recuerda Elsa. De esta planta utilizaban especialmente “la pilgua que le decíamos a la varilla de los yuyos, que después florece, amarillitos como el rap (...) lo pelábamos y todo lo de adentro lo comíamos”. En su infancia, el yuyo era abundante y formaba parte importante de su alimentación. Sin embargo, observa con tristeza que hoy esa planta ha desaparecido casi por completo de los campos debido al uso de pesticidas y otros productos químicos agrícolas: “ahora ni eso hay. No hay yuyo en el campo ahora. Lo mataron todos con los líquidos que le ponen”.

En las zonas húmedas recolectaban nalcas, existiendo diferentes variedades: “había una nalca blanca, otra rosada. Las blancas eran ricas, las otras no eran tan buenas”. Sin embargo, en tiempos de necesidad, consumían ambas variedades: “pero nosotros comíamos porque teníamos hambre”.

El berro, que crecía “a la orilla del río, a la orilla del estero, por el canal”, era otro alimento importante en su dieta. También recolectaban “el cuyé, que le dicen, un pastito verde, acidito” y la romaza, de la que aprovechaban especialmente “la varilla de la romaza”.

La recolección de hongos silvestres era otra fuente importante de alimentación: “¿cómo que le dicen ahora? Champiñón que le dicen ahora, pero eran café”. Los hongos silvestres se preparaban de manera simple, como recuerda Doña Elsa: “entonces nosotros los sacábamos y lo echábamos a cocer en el fuego (...) en tarritos negritos donde viene el café”. Y continúa: “salían hartos, como era hualle, no era pino como está ahora, por eso no sirven ahora”.

Las digüeñes tenían su propia temporada de abundancia: “el tiempo de los digüeñes tampoco pasábamos hambre porque había muchos digüeñes. Comíamos digüeñes”.

A propósito de la recolección, uno de los recuerdos más preciados de Doña Elsa son las excursiones con su abuelita para recolectar brotes de coligüe, conocidos como chaigue: “también comíamos mucho el..., de los coligües, los cogollitos chiquititos”. Esta actividad requería una dedicación especial: “mi abuelita había dejado un día para que fuéramos a buscar (...) el chaigue que le decíamos”. La recolección era abundante y el chaigue tenía un gran parecido a lo que hoy se conoce como palmitos: “cuando vi esos palmitos que le llaman, yo dije, pero si esto yo ha comido antes..., porque parecían palmitos que dicen ahora, pero eran los cogollitos de los coligües que nosotros sacábamos”. La preparación era simple pero sabrosa: “mi abuelita lo echaba a cocer y le ponía salsita, nomás, y ajicito”.

Con los años, Doña Elsa reconoce el valor de esta alimentación natural: “yo creo que por eso también tengo todavía fuerza. Comí muchas cosas naturales de la tierra. Comí muchas, muchas”.

El trabajo en el campo y el arte del hilado

La abuela de Doña Elsa. Que se llamaba Juana Avendaño Huaiquilao, insistía en la importancia de aprovechar cada momento para este trabajo: “mi abuelita decía, van a hilar y van a andar caminando”, recuerda. Esta práctica requería notable destreza, pues debían combinar el cuidado de los animales con el trabajo de la lana: “entonces en un delantal como éste, andaba haciendo ovillos de lana porque había que torcer la lana”. La importancia de este trabajo residía en su finalidad práctica: “ellas se hacían la ropa, mi abuelita se hacía la ropa, y los kupan que llevaban”. El proceso requería especial cuidado y precisión, “después había que torcerla, porque el hilo era muy delgadito”.

Las jornadas no terminaban con la puesta del sol, sino que continuaban durante las primeras horas de la noche: “en la noche nos poníamos a carmenar lana. Y nos enseñaba a nosotros a carmenar lana”. Mientras su hermana menor sucumbía al cansancio, Elsa permanecía atenta, cautivada por la sabiduría que su abuela compartía: “pero yo seguía, porque ella me conversaba, me cantaba y me contaba cuentos. Entonces a mí me gustaba escucharle (...) en el canto, decía ella, si uno no lo puede conversar, en el canto lo dice todo. Así me enseñó mi abuelita”.

Esta enseñanza tendría un impacto profundo en la vida de Elsa, convirtiéndose el *ülkantun*, décadas más tarde, en una de las formas más significativas de expresión de su identidad y su memoria cultural.

Las ceremonias tradicionales: espacios de encuentro y renovación

“Cuando estaba el Nguillatún, cuando estaba el Wiñol Tripantu, ahí éramos felices”, recuerda Elsa. Estas celebraciones marcaban un paréntesis en la vida de trabajo y privaciones, donde incluso la alimentación mejoraba significativamente: “porque ahí comíamos. Comíamos harto”. La ceremonia incluía rogativas pidiendo por la naturaleza: “que los pajaritos tengan vida también, como nosotros teníamos (...) que hubiera harta siembra, que no hubiera sequía, que hubiera agua, todo eso pedían”.

Más adelante, agrega Doña Elsa Quinchaleo: “las señoras de edad tenían que estar en la ceremonia, no podían estar en la cocina, para eso había gente joven cocinando, y los hombres jóvenes hacían el asado”. Era también un momento donde su abuelo mostraba una faceta diferente:

“ahí sí que se portaba bien mi abuelo. Ahí no tomaba ni un vaso de vino. Nada, nada, nada. Ese día era sagrado para él”.

El Wiñol Tripanu: la renovación del ciclo vital

La celebración del Wiñol Tripanu, que coincide con celebración de San Juan en el calendario cristiano occidental, tenía sus propios rituales y significados. Doña Elsa nos cuenta: “a las cinco de la mañana, el día de San Juan, nos mandaban al estero a bañarnos”. El agua del estero, según recuerda Elsa, tenía características especiales en ese momento: “como a las cinco de la mañana, el agua está calentita, están saliendo los vaporcitos para arriba”. Y más adelante: “primero teníamos que azotar los árboles, antes de ir a bañarnos. Eran tres que azotaban los árboles (...) . Entonces uno le decía, vas a dar fruto, el otro le decía tiene que darle, y el otro de atrasito le decía, no le pegue más porque va a dar”.

La celebración continuaba con bailes tradicionales: “ellos estaban tomando y bailando, bailando purrum, choike, mazatun”. Para los niños, estos días eran especialmente significativos, no solo por la abundancia de comida sino también por la participación en las danzas: “tienen que mazatucar, decía mi abuelo. No pueden estar así, nomás. Son mapuches”.

El paso a la vida adulta: un matrimonio arreglado

La transición de Elsa hacia la vida adulta estuvo marcada por una decisión ajena a su voluntad: un matrimonio arreglado por los mayores, siguiendo las costumbres de la época. “Mi abuelo buscó un hombre para mí. A él le gustó un joven que era trabajador” y que se llamaba Juan Hueche, relata Elsa. La decisión fue tomada siguiendo los protocolos tradicionales, donde los adultos determinaban el destino de los jóvenes: “No sé cómo lo hicieron... Hablaron con ellos”. Y agrega: “él era un hombre ya, él tenía otra chiquilla por ahí, porque él era pelotero... No sé si tuvo hijos por ahí, no, nunca supe”.

El contraste entre los novios no podía ser más evidente, reflejando las profundas diferencias sociales y de experiencia de vida que los separaban. Por un lado, él era un trabajador establecido: “él era tractorista. Entonces él se vestía bien”. Por otro lado, Elsa provenía de una realidad mucho más humilde: “Yo no, pues, yo me vestía muy mal. Andaba patita pelada, nomás”.

La conciencia de su pobreza era clara para Doña Elsa, aunque no la avergonzaba: “yo era muy pobre. No tenía por qué tener vergüenza”. Sus ropas reflejaban esta situación: “no tenía un vestido bueno. Yo misma

me hacía los refajos, que les decían antes. Un vestido de lana de oveja. Y la chaleca igual. Con eso andaba, cuando yo me casé”.

La transición a su nueva vida como mujer casada fue especialmente compleja. El cambio de hogar y las nuevas responsabilidades resultaron abrumadores para una joven que apenas había dejado la niñez: “ahí me llevaron a la casa de la tía de mi marido. Ahí lloré dos meses, lloré. Todos los días lloraba”.

En este difícil período, la tía de su marido se convirtió en una figura fundamental, proporcionándole el apoyo emocional que necesitaba: “ella fue una muy buena mujer que me ayudó mucho. Ella me hablaba, me decía que no llorara, que algún día yo iba a tener casa, que cuando yo tuviera hijos yo lo iba a querer a él”.

El primer encuentro con el mundo urbano y los primeros zapatos

La primera visita de Elsa al pueblo marcó un momento muy importante en su vida, evidenciando el contraste entre su mundo rural y el urbano. La iniciativa vino de la tía de su marido, quien comprendió la necesidad de que la joven se adaptara a su nueva condición: “cuando mi marido se pagó en el trabajo, y le dice la tía, mañana, le dijo, van a ir al pueblo. Vas a llevar tu señora, dijo, porque es tu mujer”. Las instrucciones de la tía fueron precisas: “la vas a llevar, le vas a comprar zapatos y le vas a comprar un vestido bonito”.

La experiencia en la tienda reveló la prestancia de la joven Elsa. Cuando la vendedora le pidió elegir, ella quedó maravillada con la ropa expuesta: “había un vestido hermoso, colgado. Lindo, lindo... Pero decía yo, no tengo plata, ¿cómo voy a comprar?”. Cuando le explicaron que su marido pagaría, eligió “un vestido medio verde con flores” y “un chaleco verde”.

El verdadero desafío llegó con los zapatos. La vendedora insistía: “Ahora te lo vas a poner”, pero Elsa se resistía: “no, le digo yo. Yo no me voy a poner”. La vendedora intentó persuadirla, comparándola con su marido: “mira a él, me dice, anda tan bonito, ¿y tú qué parecí? Parecí una pilila, así me dijo”.

Doña Elsa Quinchaleo insistió en no ponerse zapatos. A la distancia recuerda la razón de no querer hacerlo: “...si me pongo los zapatos –pensó–, me voy a caer y todos se van a reír de mí. Porque no sabía andar en zapatos, andaba a pata toda una vida”.

Los primeros años de matrimonio estuvieron marcados por serias dificultades: “un día me pegó y ahí la tía lo pescó (...). Lo pescó (...) lo botó al suelo. Le pegó hasta que no quiso más”. Esta intervención resul-

taría transformadora: “y le dijo que eso le dolía. Y ahí prometió él nunca más pegarme, nunca más tratarme mal”. Las palabras de la tía fueron contundentes: “esta mujer va a ser para toda la vida para ti, le dijo. Ella te va a cuidar, no porque sea guachita, le dijo, la vas a tratar como cualquier cosa”.

La construcción de una nueva vida

Un momento significativo en la vida de la joven pareja llegó cuando el abuelo decidió ayudarlos a establecerse en un espacio propio. A pesar de la dureza que había mostrado en el pasado, fue él quien tomó la iniciativa: “le voy a ayudar en el terreno de tu mamá, me dice, para que hagas tu casa”, recuerda Elsa. La construcción se realizaría en la tierra que había pertenecido a su madre.

Esta ruka se convertiría en el espacio donde Doña Elsa Quinchaleo comenzaría su vida familiar. Cuando años más tarde, ya en Santiago, conociera la Ruka Machi –del Parque Pueblos Originarios Mawidhache, de la comuna de El Bosque–, los recuerdos de su primera casa volverían vívidamente: “cuando yo entro a la Ruka Machi (...) me recuerda a mi casa. Así una casa tenía yo”.

En la ruka del campo nacieron sus primeros hijos, siguiendo las tradiciones del parto en casa: “ahí recibí mis dos hijos. Ahí en la casa, en la ruka. Yo no fui al hospital (...), no fui”. Mientras su esposo continuaba con su trabajo y vida social, Elsa se dedicó a construir un patrimonio familiar pensando en el bienestar de sus hijos: “yo tenía hartito chanchito, tenía hartito pollo. Así, niñita, empecé a querer tener algo para mi chiquillo. Que no quería que ellos sufrieran como yo sufrí”.

Migración a Santiago

El marido de Doña Elsa se desempeñaba como tractorista en faenas del campo, actividad que disminuyó ostensiblemente después del golpe militar. En ese momento tomarían la decisión de migrar a Santiago. Se vendrían solos a la capital dejando a sus hijos en el sur: “estuvieron un año en el campo. Después los fui a buscar. Yo dije, cómo no voy a ser capaz de mantener a los hijos”.

La llegada a Santiago fue difícil: “llegamos a San Ramón, donde un primo. Él tenía una casita chiquitita y ahí él nos acogió. Estuvimos ahí unos días, nomás”. Pronto se trasladarían a otro lugar.

La búsqueda de trabajo fue inmediata y la Señora Elsa demostró una gran capacidad de adaptación: “y encontré lavados y la gente, como sa-

bían que yo lavaba bien, me fueron recomendando en distintas casas. Yo trabajé mucho aquí”. Sus habilidades y dedicación la llevaron eventualmente a un trabajo más estable que ocurrió gracias a la recomendación de “un caballero que tenía dos hijas monjitas y la congregación necesitaba una señora para lavar”.

El desafío era considerable, pues incluía manejar equipamiento que nunca había visto: “y había una lavadora vieja que lavaba, no más no enjuagaba”. Sin embargo, su determinación fue clara: “pero yo como necesitaba trabajar, yo dije, tengo que aprender (...) Y me quedé ahí, pues. De ahí nunca más salí”. Durante este largo período, logró combinar el trabajo con la crianza de sus hijos: “me llevaba, el más chiquitito me lo llevaba”. Una de las monjas más ancianas adaptó cajas de plátanos para crear una especie de cuna para el bebé: “(...) plátano, esas cajas, ella me las puso doble (...) y ella misma le hacía fresaditas de género, con trapitos para traperero (...) así, ahí yo lo hacía dormir ahí mismo donde lavaba”.

Su relación con la congregación fue fortaleciéndose con los años, hasta que la pandemia forzó su retiro: “porque tenían miedo las monjitas (...) algunos podían llegar a contagiar”. La separación fue dolorosa para ella: “yo quería mi trabajo. Ay, sufrí hartito cuando me jubilé”.

Con el tiempo, y gracias a su trabajo constante, Elsa logró establecerse y asegurar un futuro para sus hijos: “yo trabajaba de lunes a viernes en el colegio, y sábado y domingo tenía que trabajar en la casa”. Su determinación por dar educación a sus hijos nunca flaqueó: “yo quería que ellos se educaran. Yo quería que ellos no fueran como yo”. Y mira con satisfacción los resultados de sus esfuerzos: “gracias a Dios son todos mis hijos muy trabajadores”.

La lucha por un hogar propio

El anhelo de tener una casa propia llevó a Doña Elsa a tomar una decisión que cambiaría su vida. La oportunidad surgió cuando supo de un terreno disponible en la comuna de El Bosque, ubicado en Alejandro Guzmán con Los morros: “tomamos el terreno ahí porque una señora me dijo vamos (...) a tomarlo. Si no, nunca vamos a tener una casa”. La decisión de participar en la toma reveló su determinación y valentía. Cuando le comunicó a su marido su decisión, ya tenía todo preparado: “cuando llegó mi marido del trabajo yo tenía la bandera lista y ropa para llevar mi guagua porque estaba tomando pecho”. Ante la sorpresa de su esposo, ella fue firme: “¿con quién? Me dijo. Con unos señores que hay por aquí. Me invitaron. Y voy ahí y le dije yo no quiero andar más así”.

La toma fue sobre todo una acción de mujeres, demostrando su capacidad de organización y resistencia: “éramos hartas mujeres. Porque los hombres tenían miedo de estar ahí (...), éramos puras mujeres que habíamos”.

El terreno era codiciado por varios sectores: “tenía varios proyectos o ideas de proyecto. Entre las propuestas estaba instalar, de parte de la Municipalidad, el corral municipal”. Sin embargo, la determinación de las mujeres y la capacidad negociadora fueron cruciales: “nos llaman al municipio y nos preguntan cuál era nuestra intención y les dijimos”. La organización colectiva fue fundamental para sostener la toma: “hacíamos una olla grande, comíamos fondo, y todos comían ahí con los niños en la tarde”. Esta solidaridad les permitió resistir hasta lograr el reconocimiento oficial. El campamento se llamó Dagoberto Godoy.

Después de nueve años de lucha, Doña Elsa logró su casa propia con ahorro: “yo ganaba 20 pesos en el trabajo. Diez pesos dejábamos para comer y los diez pesos dejaba para la libreta (...) Yo no quería andar más en campamento”. Así llegó a vivir a la Población Javiera Carrera, en la calle Sargento Candelaria.

El florecimiento artístico: de la memoria silenciada a la voz recuperada

Un encuentro fortuito durante una ceremonia tradicional cambiaría el rumbo de la vida de Doña Elsa Quinchaleo Avendaño. “Yo llegué ahí, estábamos celebrando un Wiñol Tripantu nosotros, aquí en el Mahuidache. Yo andaba recogiendo pastito”, recuerda sobre aquel día decisivo cuando tres jóvenes se le acercaron buscando conversar con una persona mayor. Su primera reacción fue de cautela, respetando el momento ceremonial: “hoy día no las puedo atender porque estamos celebrando un Wiñol Tripantu –les dijo–. Pero si quieren, vengan el domingo”.

El primer encuentro estuvo marcado por la hospitalidad mapuche: “les di mate con sopaipilla. Y empezaron a tomar mate, nunca habían tomado”. De este encuentro nacería una relación que transformaría no solo su vida, sino que contribuiría significativamente al desarrollo del teatro documental mapuche en Chile.

La decisión de contar su historia

Durante décadas, Doña Elsa Quinchaleo había guardado silencio sobre su doloroso pasado: “de primera no quería (...) nunca, nunca en mi vida había contado todo lo que pasé. Cómo crecí. Cómo fue mi vida. Nunca, nunca lo podía contar”.

Fue una integrante del grupo de Kimun Teatro, quien la ayudó a comprender el valor sanador de compartir su historia: “me dice, si usted tiene alguna, ¿la puede contar? Si eso va a quedar con nosotros”. A Doña Elsa le diría que guardar esos recuerdos le hacían daño: “porque eso que tiene guardado, me dijo, le va a hacer mal. Porque eso le hace bien porque si no, va a tener muchas tristezas”.

De estas conversaciones surgieron “Ñi Pu Tremen” (Mis Antepasados), la primera obra de teatro basada en su vida, de la Compañía de Teatro Kimun, donde actualmente cumple el rol de actriz. “Esa primera obra que hicimos fue la vida mía. Fue mi vida”. El impacto en su familia fue profundo: “Ellos no vieron cuando hice la obra de teatro. Cuando yo... Cuando ellos vieron, porque fueron... Cuando vieron la obra de teatro... A veces lloraban mucho. Porque ellos nunca pensaron que yo me criase así. Ellos pensaron que yo me crie como ellos”.

Esta primera obra recibió importantes reconocimientos, incluyendo el Premio “Eugenio Guzmán” a la Mejor Dirección, por la Universidad de Chile (2009) y el Premio “Apes” a la Mejor Dramaturgia (2009). Fue presentado en el Festival Internacional Santiago a Mil 2010, y en festivales internacionales en Francia.

La profecía cantada: del dolor a los viajes

El teatro abrió para Doña Elsa Quinchaleo un mundo que nunca había imaginado. “La primera vez que fui con la obra que le estoy contando, fuimos a Francia”, recuerda. Este sería el inicio de una serie de presentaciones internacionales que la llevarían por varios países y continentes: Brasil, España, Corea del Sur y Dubái.

El encuentro con el teatro despertó en ella una dimensión artística: el canto que había heredado de su abuela pero que había permanecido dormido durante décadas. “Claro, ella me cantaba, pero en ese tiempo yo no cantaba. Cuando llegué aquí a Santiago, recién vine a cantar”, recuerda. La forma en que su abuela le transmitía conocimiento a través del canto cobró nuevo significado: “me cantaba, en vez de conversarme como estamos hablando”.

Un momento particularmente significativo en su actual vida artística ocurrió durante uno de sus viajes internacionales. En medio del vuelo, mientras cruzaba de un continente a otro, un recuerdo de su juventud emergió con sorprendente claridad: el ùlkantun que su abuela le había cantado en un momento de profunda tristeza.

La memoria la transportó a aquellos días difíciles cuando, recién casada y sumida en la pena, su abuela intentaba consolarla: “y ahí me dijo

ella, cuando yo, algún día, me dijo, cuando sea mujer grande, mujer, mujer ya, me dijo, de edad, y tu hijo..., vay a tener harto hijo, y cuando vea ahí a tus hijos, me dijo, tú vay a estar contenta”.

En aquel entonces, su abuela le había transmitido un mensaje profético a través del canto: “pero ahí no vaya llorando, porque a lo mejor, me dijo, vay a viajar muy lejos, vay a montar tu caballo negro, me dijo, y va a brillar tu caballo. Y ahí recién, me dijo, te vay a acordar de mí, de todo lo que te estoy diciendo”. Sin embargo, en ese momento de dolor, la joven Elsa no pudo comprender el significado de aquellas palabras: “Pero yo no le escuchaba. No, yo no le escuchaba, yo lloraba, nomás, lloraba, lloraba, lloraba”.

Décadas después, surcando los cielos en un avión rumbo a Corea del Sur, el significado de aquel ũlkantun se reveló con asombrosa claridad: “después, cuando yo viajé a Corea, y a la mitad del camino (...) me acordé, dije yo, este es lo que me cantó mi abuelita, este debe ser del caballo”. El avión que la transportaba se había convertido en aquel caballo negro brillante que su abuela había vislumbrado en su canto, décadas atrás. Se había transformado en una artista que viajaba por el mundo compartiendo su cultura y su historia. “Y ese ũlkantun anda por todas partes ahora”, reflexiona Doña Elsa, evidenciando cómo la sabiduría de su abuela, transmitida a través del canto, había presagiado esta transformación sorprendente en su vida.

Una trayectoria artística consolidada

A lo largo de los años, Elsa Quinchaleo Avendaño ha participado en numerosas producciones teatrales y de danza que han marcado hitos en la escena cultural mapuche contemporánea. Su participación en “Galvarino”, un documental de ficción sobre un exiliado mapuche en Rusia. “Otra obra que también fue de un joven que mataron, a Rusia. Entonces yo era la mamá. Y yo reclamaba a mi hijo”. También “Ñuke”, una obra que profundiza en la resistencia mapuche ha contribuido a mostrar la historia y las luchas de su pueblo.

En 2017, formó parte del elenco de “Malen”, una obra de danza contemporánea que rinde homenaje al legado ancestral de las mujeres mapuches. Como una de las catorce intérpretes, que abarcan edades entre los 15 y 80 años, la ahora actriz Elsa Quinchaleo, contribuyó a crear un diálogo intergeneracional entre hijas, hermanas, madres y abuelas, resignificando en el presente las memorias colectivas de su cultura ancestral.

En 2023, Doña Elsa alcanzó otro hito significativo en su carrera artística, con el lanzamiento de “Tukulpan zungu ka ülkantungekey” (“Los recuerdos también se cantan”), un disco que representa un ejercicio de memoria donde, a través del canto, narra sus vivencias, tanto del campo como de la ciudad.

El legado de una vida transformada por el arte

El arte ha sido para Elsa Quinchaleo Avendaño una herramienta de sanación y transformación: “Eso a mí me sacó de muchos dolores, de mucha pena, porque yo toda una vida tenía pena”. No solo le dio una nueva perspectiva sobre su vida sino también un propósito: “El teatro como que me dio mucha fuerza, me dio ánimo, me dio estar viva. Seguir adelante. Seguir y tratar de olvidar todo lo que pasó”.

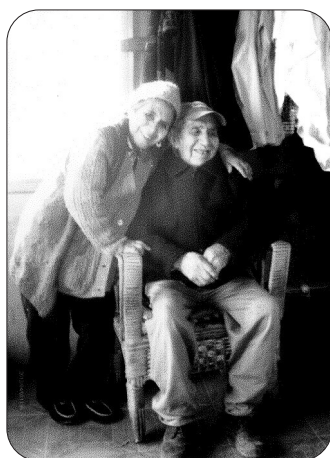
La trayectoria artística de Doña Elsa Quinchaleo ejemplifica cómo el arte puede transformar el dolor en belleza y la memoria personal en un testimonio colectivo que enriquece la comprensión de la historia y la cultura mapuches.

Elsa Quinchaleo Avendaño se siente orgullosa de su identidad mapuche y de poder compartir su cultura: “ser mapuche es muy bonito. Yo me siento orgullosa de ser mapuche. Y sé que puedo contar lo que fui, lo que sé. Puedo cantar lo que siento y decirlo en el canto”.

Elsa Quinchaleo Avendaño, hoy de 81 años, según su carnet de identidad –aunque reconoce tener 86 años, porque la inscribieron recién a los 5 años de edad–, vive con uno de sus hijos, en la población Javiera Carrera, de la comuna de El Bosque. En esta nueva etapa de su vida, el arte le ha permitido reconciliarse con su pasado y encontrar un propósito en la transmisión de su cultura: “yo creo que Diosito me dejó en este mundo para yo contar lo que me pasó (...) estoy muy feliz de qué soy”.



Elsa Quinchaleo Avendaño, a la derecha, junto a su abuela, Juana Avendaño Huaquilao.



Elsa Quinchaleo junto a su padre, Alberto Saihueque Coyo



Elsa Quinchaleo, como actriz, en la Obra "Galvarino", año 2013.



Elsa Quinchaleo, representando una Obra en el Teatro Camino, junto a actrices y nietas, y Héctor Noguera, director de dicho Teatro.

Epílogo

Las historias de vida presentadas en este libro son el resultado de un proceso de investigación cualitativa, basada en entrevistas semiestructuradas, realizado durante el año 2024 a personas mayores mapuches residentes en la comuna de El Bosque. Cada participante firmó un consentimiento informado, autorizando el uso de sus testimonios y fotografías personales para esta publicación.

La elección de la entrevista semiestructurada como instrumento metodológico, responde a su pertinencia en la investigación biográfica, pues permite que los entrevistados construyan libremente sus relatos mientras el investigador mantiene un hilo conductor que asegura la coherencia narrativa. Esta metodología facilita la emergencia de recuerdos significativos y permite profundizar en aspectos relevantes de la historia personal sin imponer una estructura rígida que podría limitar la riqueza del testimonio.

Las entrevistas se realizaron en diversos espacios representativos para la comunidad: el Parque Pueblos Originarios Mahuidache, la Biblioteca y los jardines interiores del Centro Cívico Cultural de El Bosque, y los hogares de los propios participantes. La realización previa de Talleres de Memoria e Historia –contemplados en el proyecto– resultó fundamental para establecer vínculos de confianza con los entrevistados, generando el *rappport* necesario para que pudieran compartir sus historias con profundidad y apertura emocional.

Para el trabajo con personas mayores, a las que nosotros llamamos futakeche, el proceso de entrevistas se realizó con especial atención a consideraciones gerontológicas. Se respetaron los tiempos y ritmos propios de cada entrevistado, se realizaron las pausas necesarias, y se tuvo particular cuidado en crear un ambiente de confianza y respeto que permitiera el despliegue de sus memorias enriqueciendo la calidad y profundidad de los testimonios recogidos.

La metodología empleada privilegió la construcción narrativa desde la voz de los protagonistas. Los relatos se estructuraron respetando la forma de narrar de cada entrevistado, donde los investigadores actuaron como articuladores entre los diferentes momentos del testimonio, manteniendo la autenticidad de las experiencias compartidas. Este enfoque permitió preservar no solo el contenido de las historias sino también las formas particulares de expresión, los giros lingüísticos y las pausas significativas que dan cuenta de la riqueza de cada experiencia vital.

Las historias de vida de personas mayores mapuches de la comuna de El Bosque, presentadas en las páginas anteriores, pese a la diversidad de espacios y actores involucrados, presentan momentos comunes en las motivaciones, objetivos y mecanismos del proceso de migración e

instalación en la capital de nuestro país. En efecto, en los relatos recogidos y sistematizados en esta publicación, es posible identificar momentos comunes.

Las condiciones de vida en el campo. Las historias de vida aquí reproducidas nos hablan de un espacio de origen caracterizado por restricciones en variados ámbitos. Uno de ellos es la escasez de tierras, que, pese a no ser necesariamente explicitada en los relatos de los entrevistados, sin duda está en la base de las motivaciones para migrar a la ciudad. Algunas narraciones dan cuenta del desempeño –en la niñez y adolescencia– de trabajos fuera de sus comunidades de origen, con el objeto de aportar a la manutención de sus respectivas familias. Dichas actividades son realizadas en fundos, hijuelas o parcelas que no son las propias. Esto da cuenta de que, si la extensión de tierra fuese lo suficiente para la alimentación y vida de sus familias, no habrían realizado trabajos fuera de ella.

Las dificultades para acceder a la escuela. Esta dificultad tiene su origen en lo anterior. Esto es, que por la necesidad de trabajar tempranamente –con el objeto de ayudar en la economía y mantención económica familiar– los entrevistados, cuando niños, postergan su incorporación a la escuela e incluso, aunque estuviesen incorporados, su asistencia dista de la regularidad que los procesos de enseñanza de aprendizaje demandan. Esto se expresa en cada una de las historias presentadas.

La atracción de la ciudad. Este fenómeno es recurrente en las historias presentadas, tanto en hombres y mujeres, caracterizado por el interés de conocer otra realidad, diferente a la vivida en el mundo rural. Y este fenómeno llega a los migrantes por distintas vías. Por informaciones recibidas de parientes, amigos, o a través del medio de información principal de la época, la radio, aún poderoso en los sectores rurales de nuestro país.

El apoyo familiar en la migración. Esta característica también es recurrente en las historias presentadas. En un lenguaje más moderno, diríamos que hay apoyo de las redes familiares en la migración. No del grupo que dejan en el lugar de origen, sino de aquellas familias o grupo del lugar donde llegan, después de dejar atrás su espacio de vida inicial. Es importante agregar que no pocas veces, y esto se repite en nuestros entrevistados, los migrantes abandonan su lugar de origen, incluso contra los deseos de sus mayores y de quienes comparten la vida al interior de la comunidad mapuche.

La valoración de las vivencias del pasado. Los entrevistados, sin excepción, y pese a las dificultades, en gran parte de su niñez y adolescencia, valoran y recuerdan con nostalgia sus vivencias y participación en juegos o tradiciones vividas en el seno de sus comunidades de origen. En este sentido –y es un reflejo de sus testimonios– las experiencias en Nguillatunes (religiosidad) y en el Palín (recreación) son recurrentes en ellos.

El despertar de la cultura en la tercera generación. De acuerdo con los testimonios observados, no es posible identificar la continuidad de la cultura mapuche en los hijos o hijas (segunda generación) de los protagonistas de las historias de vida aquí presentadas. En efecto, ninguna de estos relatos da cuenta de que hijos o hijas hayan aprendido el idioma o sean activos en las prácticas culturales del pueblo de pertenencia. Los escasos testimonios sobre el particular –cuando existen– hablan de que los nietos (tercera generación) se interesan en retomar las prácticas culturales heredadas, debido a mejores oportunidades, más acceso a la información y de algunas políticas públicas para promover la recuperación de lengua y cultura mapuche.

El rol del género en las experiencias migratorias. Las historias recopiladas revelan que las mujeres mapuches enfrentaron desafíos específicos en su proceso migratorio. Mientras los hombres trabajaban en panaderías, construcción o como obreros, las mujeres se concentraban y estaban adscritas al trabajo doméstico remunerado, enfrentando frecuentemente situaciones de aislamiento y vulnerabilidad. Así, sus experiencias estaban marcadas por una doble responsabilidad: el trabajo remunerado y la maternidad, especialmente en casos como Elsa Bodaleo y Erna Carilao, quienes criaron solas a sus hijos. Sin embargo, estas mujeres desarrollaron estrategias de resistencia y superación, como la formación de redes de apoyo con otros trabajadores mapuches y la búsqueda constante de mejores condiciones laborales.

La atracción de la ciudad: imaginarios y realidad. Los relatos evidencian que Santiago representaba un imaginario de progreso y oportunidades, alimentado por historias de parientes y de medios de comunicación como la radio. Sin embargo, la realidad inicial solía ser más dura: trabajos precarios, viviendas compartidas y discriminación. No obstante, la mayoría logró eventualmente mejores condiciones que las que tenían en el campo, aunque no necesariamente las que imaginaron al migrar. Como señala Luciano Painehual en parte de la entrevista: “me gustaba más el pueblo..., aunque no nos faltaba nada (en el campo)”, revelando la complejidad de esta atracción urbana.

El envejecimiento exitoso de las personas mayores de pueblos originarios. La trayectoria de vida de las personas mayores de pueblos originarios que participaron de este proyecto, recoge según la teoría de Erikson, la mirada de que el ser humano en su proceso de desarrollo vital va pasando por diferentes etapas y en cada una de ellas debe cumplir con determinadas tareas que le permiten pasar de manera exitosa de una fase a otra. En la vejez existen dos tareas:

La integridad se refiere a ponerse en buena sintonía con la vida y culminarla con la constatación de la misión cumplida. A través de la reflexión y el trabajo interior, las personas logran aceptarse y con ello aceptar lo bueno y malo de la vida, de modo de sentirse en paz consigo mismo y con los demás.

La generatividad es continuar en la vejez algunas tareas que se emprendieron en otras etapas de la vida, es decir continuar trabajando, amando, aprendiendo, escribiendo, cantando, participando, estudiando o cuidando.

En ese sentido, este libro de historias de vida da cuenta de ambas tareas. Poniendo el énfasis en la mantención de las funciones cognitivas para activar la memoria, a través de talleres y así recuperar imágenes, sonidos, juegos, fechas, lugares, aromas y sus experiencias vividas en las diferentes etapas de su ciclo vital.

De igual manera, el proyecto permitió la participación de personas que reconocen con orgullo su origen y cultura, resignificando y valorando sus historias, y a su vez transmitirlas a las nuevas generaciones, como aporte a la diversidad, al fortalecimiento de la identidad y al desarrollo del trabajo intercultural entre las personas mayores.

Cabe destacar que hoy, la mayoría de los y las protagonistas de este libro se encuentran participando de programas, servicios y actividades que mejoran su envejecimiento, participan en la Universidad abierta del Adulto Mayor, en los talleres del Centro Gerontológico, en organizaciones de personas mayores, participan en las diversas actividades del programa de Pueblos Originarios, como también en la recuperación de la lecto-escritura, llegando a matricularse en un establecimiento educacional para iniciar sus estudios básicos. Es decir, desarrollan sus intereses con nuevos proyectos que promueven su autonomía y autovalencia hasta el último día de sus vidas.

Sibelina Manqueo Mariqueo. Su infancia transcurrió en el sur. Estudió en un internado de Cholchol y vivió las tradiciones mapuches como el Wiñol Tripantu, aunque la relación con su cultura fue compleja, especialmente con el mapuzugun, idioma que escuchaba hablar a sus padres pero que no le fue transmitido directamente. Emigró al Santiago y a los 18 años fue madre de su primera hija. En la capital enfrentó la pobreza y las dificultades de ser madre soltera de dos hijas, tras un breve matrimonio marcado por las carencias económicas. Pese a las adversidades, salió adelante con el apoyo de su madre y hermana. En la actualidad, su participación en talleres de memoria y cultura mapuche ha significado un reencuentro emotivo con sus raíces, especialmente a través del ùlkantun, que, como ella misma relata, le recordó su niñez y los lamentos de su madre. Su historia es un testimonio de resistencia y del poder sanador que tiene reconectarse con la propia identidad cultural, más aún en la vejez.

Elsa Quinchaleo Avendaño. Nos presenta un testimonio de resiliencia y transformación. Nacida en 1943 en la comunidad Mucochureo de Lautaro, su vida comienza marcada por la tragedia: su madre fallece poco después de darla a luz en la montaña, donde había huido ante la amenaza de su propio padre, quien no aceptaba hijos fuera del matrimonio. La infancia de Elsa transcurre entre varios hogares, primero con “cuatro mamás” que mueren durante una epidemia de tifus negro, y luego, paradójicamente, en la casa de su abuelo materno, donde aprende los trabajos del campo y los saberes tradicionales mapuches, especialmente el ùlkantun (canto) transmitido por su abuela. De joven casada, en un matrimonio arreglado, migra después a Santiago buscando mejores oportunidades.

En la capital, tras años de trabajo como lavandera en una escuela confesional, y una larga lucha por conseguir una vivienda propia, encuentra en el arte –especialmente en el teatro y el canto– una forma de sanar y transformar su historia personal en un testimonio colectivo. Hoy, como Ngünen domo (mujer mayor) de la comunidad Petu Moguelein Mahuidache, de la comuna de El Bosque, continúa activa en la transmisión de la cultura mapuche, demostrando cómo el arte puede transformar el dolor en belleza y la memoria en fuente de sabiduría para las futuras generaciones.

Elsa Bodaleo Millape. Nació en la zona de Galvarino, región de La Araucanía. Su infancia estuvo marcada por la fragmentación familiar: fue criada por sus tíos maternos mientras su madre formaba otra familia. Desde muy pequeña trabajó cuidando animales, sin tener la oportunidad de asistir a la escuela. A los trece años, motivada por el deseo de

evitar el destino de pobreza que observaba en las mujeres de su comunidad, emigró a Santiago con ayuda de una prima mayor. En la capital trabajó como asesora del hogar, oficio en el que ella destaca su honradez y dedicación. Con el tiempo, y gracias a su trabajo constante, logró su mayor anhelo: tener casa propia. Se reencontró con un conocido de la infancia, con quien tuvo una hija, cumpliendo su deseo de ser madre de manera planificada. Aunque mantiene su capacidad de hablar mapuzugún, aprendiendo de su abuela materna, Elsa desarrolló una relación pragmática con sus raíces culturales, priorizando la construcción de una vida estable en la ciudad, representando un ejemplo de superación personal a través del esfuerzo y la determinación.

Juan Rivas Millaleo. Nacido en 1957 en la comunidad Juan Necul de Quepe, emerge como una figura fundamental en la reivindicación de la identidad mapuche en la comuna de El Bosque, más allá de su vida personal. Su historia comienza con una temprana migración a Santiago, a los cuatro años, junto a su padre, mientras su madre permaneció en el territorio ancestral defendiendo sus tierras. Su vida está marcada por experiencias significativas: el reencuentro con su madre a los quince años, su servicio militar en Arica, donde fortaleció su identidad mapuche, y su posterior liderazgo en la creación de la Asociación Petu Monguelein Mahuidache, primera agrupación indígena de la comuna. Su logro más destacado fue impulsar la creación del Parque Ceremonial de los Pueblos Originarios Mahuidache, transformando un espacio degradado en un centro cultural vital para la comunidad mapuche local y para toda la población comunal. La historia de Rivas Millaleo representa la resistencia cultural y la capacidad de crear espacios de reconocimiento y dignidad para el pueblo mapuche en contextos urbanos, demostrando cómo el diálogo y la perseverancia pueden generar cambios significativos en la sociedad.

Juan Mellico Coña. Nació el 16 de julio de 1939 en Mucuchureo, comunidad cercana a Cholchol, región de La Araucanía. Su historia está marcada por la pérdida temprana de su madre y una infancia transcurrida entre distintos hogares de familiares. Desde pequeño tuvo que trabajar arduamente en las labores del campo, especialmente cuidando animales. Aunque logró asistir a la escuela anglicana en Cholchol, completando hasta sexto básico, sus estudios fueron interrumpidos por la necesidad de trabajar. A los 19 años decidió migrar a Santiago en busca de mejores oportunidades, dejando atrás el pesado trabajo agrícola que –confiesa– no le agradaba. En la capital trabajó en diversos oficios: desde aprendiz en una fábrica de zapatos, panadero y mozo en un residencial y panade-

ro. Eventualmente, fundó su propio taller de reparación de calzado, oficio que ejerció durante décadas. Se casó y formó una familia, teniendo cinco hijos, a quienes logró dar educación y mejores oportunidades que, como dice, él no tuvo. Su historia es un testimonio de perseverancia y adaptación, desde un joven mapuche que apenas hablaba español, hasta convertirse en un trabajador independiente y respetado en la comuna, manteniendo siempre sus raíces culturales.

Carlos Pichicon Quintulén. Nació el 26 de septiembre de 1948 en Huilío, comuna de Freire, región de La Araucanía. Su infancia estuvo marcada por la pobreza: era “arrendado” por su padre a cambio de “dos sacos de trigo y dos corderos al año”. Tras trabajar en tres lugares diferentes durante su niñez, logró convencer a su padre para asistir a la escuela, aunque su asistencia fue irregular debido a las labores agrícolas. Emigró a Temuco, donde trabajó en diversos oficios: desde hacer aseo en una carnicería hasta especializarse en la elaboración de quesos.

Llegó a Santiago buscando mejores oportunidades y comenzó como barrendero en una panadería, ascendiendo luego a barman en el restaurante anexo, donde trabajaría por 12 años. Tras diversos empleos, se desarrolló como garzón en el restaurante “El Pollo Caballo”, durante 18 años. En el ámbito personal, conoció a su esposa en el sector Los Cóndores, de la comuna de El Bosque, participó en una toma de terrenos donde construiría su casa, y formó una familia cuyos hijos alcanzaron títulos profesionales, como él mismo destaca. Hoy, y mirando hacia atrás, se confiesa orgulloso de sus raíces mapuches y de haber logrado, si no el “caballo ensillado” que soñó de joven, una vida digna y el éxito educativo de sus hijos.

Luciano Painehual Queupumil. Nació el 16 de enero de 1943 en la comunidad de Collahue, Padre Las Casas, región de La Araucanía. Hijo de un cacique con dos esposas, creció en una familia donde no faltaban alimentos ni recursos, pero debía trabajar duramente en las labores del campo. Estudió hasta octavo básico en una escuela de Metrenco, donde reforzó el castellano, ya que en su hogar se hablaba principalmente mapuzugun. A los 14 años, insatisfecho con el trabajo agrícola, emigró solo a Santiago, donde tuvo la fortuna de encontrarse con una prima apenas llegó. Comenzó como repartidor de leche, luego trabajó como cocinero y jardinero en una casa particular, donde conocería a su esposa. Posteriormente trabajó durante treinta años en una fábrica de oxígeno industrial, llegando a ser jefe. Con su esposa formó una familia de cinco hijos y construyeron su casa en la comuna de El Bosque. Orgulloso de sus

raíces, que rastrea hasta Argentina, anhela que las nuevas generaciones mantengan viva la lengua y la cultura mapuche.

Erna María Carilao Quiñimil. Nació el 7 de noviembre de 1953 en la reducción Estefanía, comuna de Ercilla, región de La Araucanía. De niña destacó por su vivacidad y agilidad en las tareas del campo, donde acompañaba a su abuelo y ayudaba en las labores familiares. Estudió hasta sexto año en una escuela de monjas en Ercilla, donde aprendió a bordar, una actividad que mantiene hasta hoy. Aunque entendía mapuzugún, nunca lo habló pues el idioma vernáculo estaba reservado para los mayores. Tras un breve intento de migrar a Santiago, regresó al sur donde trabajó doce años en el fundo de una familia alemana. Se casó y tuvo dos hijos, pero su esposo falleció en circunstancias extrañas cuando los niños eran pequeños. “Lo encontraron cerca de la línea del tren”, recuerda. Viuda y con dos hijos, emigró definitivamente a Santiago, donde trabajó como asesora del hogar mientras criaba a sus hijos. Logró adquirir una casa en la comuna de El Bosque, donde reside actualmente. Aunque lamenta no haber aprendido mejor el mapuzugún, se alegra de ver el creciente interés por la cultura mapuche en las nuevas generaciones.

Glosario

- **Aucan:** Sublevarse. El alzamiento, la rebelión.
- **Coligue:** Chusquea culeou, gramíneas arbóreas, caña de bambú nativo.
- **Collahue:** Lugar de robles
- **Cholchol:** Trol-trol, Lugar de cardos.
- **Choike:** El avestruz.
- **Digueñes:** (Diweñ) Hongos comestibles que crecen en los robles.
- **Futakeche:** Gente de edad, mayores.
- **Kultrung:** Instrumento, el tambor, con base de madera y cubierto de cuero.
- **Kupan:** (Küpan) Venir; la familia a la que uno pertenece.
- **Lamngen:** Hermano, hermana, llamando así a cualquiera persona con quien no tienen relación de parentesco y que le es en algo igual.
- **Lelfunche:** (Lelfünche) Gente del campo, campesino.
- **Longko:** Cabeza; el jefe.
- **Machi:** Los médicos y medicas mapuches que curan a los enfermos según las creencias antiguas de su pueblo.
- **Machitun:** Curar la machi a un enfermo con sus prácticas. El machitún, o sea la curación de un enfermo que hacen los/as machis.
- **Mahuidache:** (Mawidhache) Gente del bosque, selva, monte, montaña; bosquino/a.
- **Mazatun:** Baile mapuche
- **Mazatucar:** Mazatun españolizado
- **Mapu:** Tierra, territorio. Terreno, país, reducción.
- **Mapuzugun:** (Mapuzungun) La lengua mapuche.
- **Meli:** Cuatro.
- **Moguelein:** (Mongeleiñ) Nosotros estamos vivos, sanos, buenos.
- **Muday:** Chicha de maíz, trigo, cebada o de papas revueltas con trigo.
- **Nguillatun:** (Nguillatun) Pedir algo, rogar a alguno; Ceremonia, hacer rogativa mapuche.
- **Papay:** Nombre con el que llaman los hijos a su madre y con que se saluda a las mujeres casadas, hablándoles con respeto.
- **Peñi:** Hermano (respecto a otro hombre, nombre con el que se saludan en general los hombres iguales entre sí, sin que se conozcan.
- **Petu:** Aún, todavía.
- **Pewen:** El pino; araucaria imbricata.
- **Pichi:** Pequeño, chico.
- **Purrun:** Danzar a la manera de los mapuches y esta danza.

- **Quilas:** (Kül'a) Gramínea elevada y ramosa, Chusquea spec; Kül'an-tu, los quilantos, matorral de quilas.
- **Rewe:** Árbol o más bien el tronco descortezado de árbol o arbolito (laurel, maqui, canelo, etc.) plantado en el suelo; Lugar puro.
- **Ruka:** Casa antigua mapuche, vivienda, hogar.
- **Rukafe:** Persona que construye casas.
- **Ulkantun:** (Ülkantun) Cantar, canto.
- **Wall:** El derredor de las cosas, alrededor, en derredor.
- **Wampo:** La canoa.
- **Winka:** Extranjero, no mapuche.
- **Wixage:** (Witrage) ¡Párate, levántate!; imperativo.
- **Wixage Anay:** ¡Ponte en pie! ¡Levántate! ¡Crece alto!; imperativo, reforzado con mayor intensidad y voz de mando. Nombre de un Programa Radial en Santiago.
- **Wixan:** (Witran) Viajar, el forastero; Meli Wixan Mapu, concepto: Los cuatro puntos del territorio.

Nota: Traducción en base al “Diccionario mapudungún – español”, de Fray Félix José de Augusta. Edición Belén Villena, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Universidad Católica de Temuco Ediciones, 2017.

Esta edición es de 500 ejemplares.
En la composición de los textos se utilizó Miniom Pro
en sus versiones regular, itálica y bold.
El interior está impreso en papel bond ahiesado de 80 g.
Y la portada en couche de 300 g.
Se terminó de imprimir en diciembre de 2025,
en los talleres de imprenta Libros La Calabaza del Diablo,
Sita en santa elena 1572,
fono: +56962467088
Santiago de Chile



Este libro es parte del proyecto “Memoria e Identidad de las Personas Mayores de Pueblos Originarios de la comuna de El Bosque”, ejecutado por la Unión Comunal del Adulto Mayor, con la colaboración del Centro Gerontológico y el Programa Pueblos Originarios, de la Ilustre Municipalidad de El Bosque. Esta iniciativa es financiada por el Gobierno Metropolitano de Santiago, a través del FNDR.

En sus páginas se presentan las historias de vida de adultos mayores mapuches (fütakeche) residentes de la comuna, rescatando sus orígenes, su cultura, sus procesos migratorios, y su vida actual en el territorio comunal. A través de un ejercicio memorístico se ha tratado de rescatar los hitos principales de sus vidas, caracterizadas por el esfuerzo, el trabajo y la supervivencia de la cultura del pueblo mapuche, que en el mundo urbano se niega a desaparecer.